



CAPITULO VIII

Oposición á una plaza de cirujano

BLANCA y la lavandera se devanaban los sesos, como vulgarmente se dice, sin adivinar la verdadera causa que había producido aquel efecto.

Lo primero que se las ocurrió fué que todo ello era hijo de la infame intención de don Román.

Pero esta sospecha quedaba en parte destruida, porque aquél ignoraba el sitio donde hallábase su hermano y no creían que Anselmo hubiese sido tan débil que le hiciera aquella revelación.

Por otra parte, sólo el asistente lo sabía; el asistente, que no había regresado aún.

Por la actitud del perro comprendieron que fué víctima de algún grave accidente.

¿Estaba preso y le habrían arrancado con engaño una declaración que comprometía á su amo?

Tampoco esto les parecía probable.

Fuera como fuera, en medio de todo y en primer término, aparecía un traidor.

Ninguna de ellas vacilaba en quitarle aquella mancha á don Román.

Creían que era él el delator único de su hermano, y en esto no se engañaban.

Las dos absolvían al pobre Anselmo, y no se engañaban tampoco.

Pero ¿cómo la policía no pudo dar con el capitán?

Vamos á saberlo.

En uno de los capítulos anteriores dejamos á Andrea en la escalera de su casa, dispuesta á ir donde el perro la llevara.

La insistencia del animal era lo bastante extraña para que dejara de llamar la atención de cualquiera.

Parecía relacionada en algún modo con la ausencia de Anselmo; había salido con él, y León volvía solo.

Era indudable que el animal sabía algo que ellas ignoraban.

—Vamos, León,—le dijo Andrea.

Ya iba por el portal.

En el momento de poner el pié en la calle, la llamó con cierto misterio la dueña del despacho de jabón.

—¿Qué se ofrece, *señá Rupelta*?—preguntó la lavandera desde la puerta.

—Pasa, mujer,—la dijo aquélla.

—Vamos, aquí estcy.

Y Andrea se acercó al mostrador.

—Parece que en la calle andan preguntando por ti.

—¿Por mí?... ¿quién?

—Dos señores de malas trazas y gruesos garrotes... parecen polizontes...

—¿Cómo?—preguntó la lavandera algo alterada al oír la calificación de aquellos hombres hecha por su vecina.

Esta prosiguió:

—Primero me lo dijo una muchacha que venía á comprar media libra de jabón.

—¿Y qué la dijo á usted?

—Que había oído á dos hombres preguntar en una tienda por el domicilio de Andrea, la lavandera. Ella, que te conoce, iba á contestar, pero reparó en la mala facha de aquéllos, y no quiso hacerlo, recelando que te pasara algo con ellos, ó te quisieran para algo malo.

—¿Para qué me habían de querer?

—Yo me asomé en seguida á la puerta; los dos individuos en cuestión, salían de la tienda de comestibles de Paco, y se dirigieron á la tienda inmediata.

En la esquina de la Travesía del Conde, vi otros cinco, que indudablemente son de la misma cepa, ó pertenecen al mismo ramo de caras patibularias; uno de ellos tiene

un bastón cuyo puño esconde en la manga del gabán, y gasta chistera.

—Pero esos cinco ¿tienen que ver con los otros dos?

—Indudablemente, porque de cuando en cuando cambian alguna seña.

—No sé qué tengan que ver conmigo... mucho menos siendo de la policía...

De esto precisamente nacian sus temores; solo que la lavandera disimulaba.

Aquella batida que se preparaba no era contra ella; estaba plenamente convencida de esta verdad.

Debió tratarse del capitán Muñoz.

Era preciso avisarle sin pérdida de tiempo, aprovechando la circunstancia de que los polizontes no sabían aún á dónde dirigirse.

Pero no tardarían en saberlo; lo más probable era que aquéllos encontrasen á quién les diera las señas de la casa que habitaba la lavandera.

Después de dar las gracias á su vecina, subió rápidamente á la guardilla.

—¿Qué pasa?—la preguntaron Blanca y su marido, al verla tan azorada.

—¡Que no tardará en estar aquí la policía!—contestó bajando la voz.

Esta palabra cayó como una bomba sobre los dos esposos.

Don Andrés, especialmente, se consideró perdido.

—¡No hay que desesperarse!—murmuró Andrea para

animarle.—Aún tiene usted tiempo de huir, con tal de que sea pronto.

—¿Pero á dónde?... no conozco á nadie que me reciba...

—¡Dios mío, qué desgracia!

—¿Quién habrá sido el infame delator?

—Tu hermano...

—Cualquiera,—interrumpió Andrea.—No hay que pensar en ello; lo principal es huir... huir pronto... venga usted conmigo.

—¡Andrea!—exclamaba la joven con voz suplicante, como si se le recomendase.

—Voy á hacer lo posible por salvarle de esos perros...

—¿Cómo?

—Escondiéndole en la casa de la espalda; se comunican por los patios, cuya tapia, por lo baja, se puede saltar fácilmente.

—Es inútil que usted se moleste,—decía don Andrés.

—¿Por qué?

—Porque registrarán todas las del contorno... y aun cuando logre escapar de una, me cogerán en otra.

—Lo principal es, que salgas de aquí,—le decía su esposa.

—Sí, sí... venga usted conmigo.

Bajaron la escalera y se introdujeron en el patio.

Andrea empujó una puerta que daba á una cueva, sin uso, desde tiempo inmemorial.

A metro y medio de altura había una especie de traga-

luz; era más bien un boquete que podía dar paso á una persona.

A la sazón se le daba á todos los gatos de la vecindad, cuando se cansaban de andar por los tejados.

Andrea le dijo:

—Pase usted por ahí; irá á parar á un patio, á quien una tapia separa de otro; sáltela usted, pues no es difícil: en él hay una habitación de una compañera mía, lavandera también.

Puede usted darla mi nombre, suplicándola que le esconda, sin decirle quién es, por supuesto, ó si lo prefiere salir por el patio al portal, ó desde éste á la calle, con tal de que nos avise de algún modo, si toma esta resolución.

—Me parece lo más cuerdo lo segundo, porque ¿cómo va á esconderme una persona que no me conoce?

—Haga usted lo que quiera, con tal de que lo haga pronto.

Andrea se alejó.

En el momento en que subía los primeros peldaños de la escalera, entraba en el portal la policía.

El inspector, después de dejar en la puerta á dos de sus hombres, les dió esta orden:

—Ya lo sabéis; entrar, todo el que quiera; salir, nadie.

Entretanto don Andrés, que había pasado ya por el tragaluz, escalaba la tapia indicada por la lavandera.

Se encontró en un patio, algo mayor que el que acababa de abandonar, en el que, hacia la parte de la izquierda, dos piés derechos sostenían el piso de la habitación principal, formando un corredor.

En él se veía una reja y una puerta.

Aquella era, sin duda, la habitación indicada por Andrea.

En frente de donde se hallaba había un pasadizo que conducía al portal.

Iba á seguirle, prefiriendo salir de aquello, que podía ser una ratonera, cuando se detuvo bruscamente.

En la puerta de la calle había dos hombres de poco recomendable catadura, según pudo advertir á la luz del crepúsculo, que ya empezaba á ser escasa.

Los dos manejaban sendos garrotes.

El capitán los tomó por de la policia, cuyo tipo no se despinta en ninguna época.

Y debían serlo.

Porque, según él había previsto, las casas del contorno estaban tomadas para impedirle la salida, previniendo el caso de que intentase huir.

Estaba encerrado, mejor dicho, bloqueado.

No encontrándole en casa de la lavandera, todas las otras sufrirían una requisa, de la que no lograría escapar.

¡Salir un hombre de entre las garras de la muerte, para caer en las de un polizonte!

No se podía pedir mayor sarcasmo.

Lo formidable le soltaba para entregarle á lo efímero. Aquello equivalía á ser perdonado por un león, y morir de la picadura envenenada de una mosca.

¡Terrible situación!

En el patio no podía permanecer, porque los individuos que guardaban la puerta no tardarían en echarle la vista encima.

¿Cómo justificar su presencia allí?

Ni aun tenía el recurso de decir que estaba tomando el fresco, porque no era verano.

Siempre resultaría un hombre sospechoso aun para los mismos vecinos de la casa.

Volver á la misma que acababa de abandonar era insensato, porque también sería registrada.

No le quedaba más recurso que llamar en la habitación indicada por Andrea, revelar le á la lavandera su situación y pedirle que le hiciese pasar por... por su marido.

Aunque los maridos de las que se ganan el sustento en el río no suelen usar gabán.

Pero, en fin, el que se ahoga se agarra á un clavo ardiendo, y á don Andrés le llegaba ya el agua de su desdicha cerca de la boca.

Se decidió á quemar las naves, llamando suavemente con los nudillos en la puerta de la habitación.

—¡Adelante!—dijo la voz quejumbrosa de una mujer.

El capitán abrió la puerta, penetrando en la habitación resueltamente.

Era pequeña, y estaba ocupada por una cama de ta-

blas, un cofre antiguo, tres sillas, un sofá de Vitoria, y una mesa de pino, cubierta con un trozo de percal, en cuyo tablero se veía un San Antonio de yeso, un vaso de medio cuartillo, una jarra de barro y una cuchará de palo.

En el sofá estaba sentada la persona que le contestó.

Era una mujer joven y no fea.

Su rostro tenía una expresión doliente, y en sus ojos había señales de haber llorado.

Don Andrés notó que estaba en cinta, y acaso en el último mes.

La joven le miraba con extrañeza, causándosela, sin duda, el no conocerle.

—¡Caballero!...—murmuró.

Pero el capitán, atajándola, dijo:

—¿Conoce usted á una lavandera que se llama Andrea y vive aquí á la espalda?

—Sí, señor; somos compañeras; nuestras bancas están juntas.

—Pues vengo en su nombre...

—¿Acaso me necesita?... ¿le sucede algo?

—A quien le sucede es á mí... y quien necesita de usted, soy yo.

—¡Caballero!... ¡no comprendo!...

—Seré breve, porque el tiempo urge; yo estaba hace poco, en casa de Andrea, cuando fué asaltada por la policía; me persiguen... aunque no crea usted que por nada malo; sin embargo, me fusilarán si me cogen...

—¿Y qué puedo yo hacer en eso?

—Puede usted esconderme... según Andrea y yo deseamos.

—¿Aquí? Ella tan bien como yo, conoce mi casa; consta de dos habitaciones, ésta y la cocina.

—En efecto, veo que es imposible esconderme... mejor lo estaría en mitad de la calle.

—Vamos, salga usted, caballero.

—¡Pero ya ¡he dicho que si me coge la policía me fusilan!

—Yo no estoy en situación para... ya lo ve usted...

La joven no podía sofocar siempre algunos ayes lastimeros que se escapaban de su garganta.

Lo que hizo conocer al capitán que se acercaba el momento de la maternidad.

—¿Va usted á entrar en el trance?—la preguntó lanzándola una mirada compasiva.

—Sí, señor,—contestó la joven, ruborizándose ligeramente.

—¿No tiene usted quién la asista?

—Una vecina se ha brindado á ello.

—No la veo,—dijo el capitán mirando hacia todos lados.

—Salió hace un momento... ha ido á avisar á la partera.

—¿Y si entretanto?...

—Creo que no tarde en llegar.

De pronto don Andrés se dió una palmada en la frente, como se hace cuando ocurre alguna buena idea.

—¡Me he salvado!—exclamó.

Ella seguía quejándose y sollozando.

El capitán prosiguió:

—Puesto que va usted á dar á luz, yo seré el cirujano; con esto desorientaremos á la policía cuando llegue.

La joven no pudo menos de echarse á reír, á pesar de los dolores que sufría, que eran cada vez más frecuentes.

—¿Pero es usted tal cirujano?—preguntó.

—*¡No sé ni tan siquiera curar un uñero!

—Entonces... repare usted que no es esta ocasión de chancearse.

—¡Si hablo con formalidad!...

—¡Vamos!...

—Yo la libraré de mi presencia tan luego como pase el peligro.

La joven iba á replicar, pero Andrés la impuso silencio con un ademán.

Ambos aplicaron el oído.

Sonaban varias pisadas de hombres en el patio, y decía una voz con acento imperativo:

—No ha de quedar ni una habitación en la casa que no se registre.

—¡Es la policía!—murmuró el capitán al oído de la parturienta.

—Respete usted mi estado, y salga.

—¡Va usted á entregarme á la policía! ¡Si me fusilan, usted tendrá la culpa!...

—Pero yo, ¿qué he de hacer?

—Quejarse... ¡vamos, quejase usted!

La joven volvió á sonreír al ver aquella escena que tenía su parte grotesca.

Pero su sonrisa fué interrumpida por un dolor más fuerte que los otros.

—¡Magnífico!—exclamó el capitán.—Ahora va á largar la criatura... ¡y yo qué no sé lo que se hace en estos casos!... ¡Qué situación más comprometida y más desesperadora!

En aquel momento, una mano que debía ser tosca y ruda, descargó fuertes golpes sobre la puerta.

El capitán, procurando serenarse, exclamó:

—¡Qué barbaridad!

—Abra usted á la policia.

—¡Adelante!

Y al pronunciar esta palabra, dirigió á la joven una mirada llena de súplica, que quería decirle: ¡En usted va á consistir el que me fusilen ó me salve!

La puerta se abrió, dando paso á dos agentes.

El capitán, adelantándose, les dijo:

—Señores, suplico á ustedes que lo que tengan que hacer, lo hagan sin ruido; esta joven va á dar á luz, y yo, que soy el cirujano, creo que el alumbramiento se presenta difícil, por lo cual vuelvo á suplicarles que no turben con su presencia, la tranquilidad, que es tan necesaria en tales casos.

Los dos policías se encogieron de hombros, y dirigiéndose una mirada, salieron de la habitación.

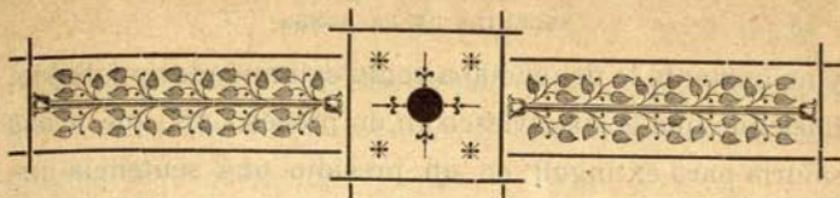
Uno de ellos dijo:

—¡Que Dios le dé un cuarto de hora chiquito!

Cuando estuvieron solos, el capitán se dejó caer sobre el mismo sofá que ocupaba la parturienta, exclamando:

—¡Gracias!... ¡usted acaba de salvarme la vida!





CAPITULO IX

Interior y exterior de algunos personajes que figuran en este relato

Dos horas mortales pasó el pobre Anselmo, en uno de los calabozos de la Jefatura.

Aquel espacio de tiempo le sirvió de mucho.

Primero, para serenarse; después para examinar con calma su situación, calcular lo que podían hacer con él, y la conducta que le era más conveniente seguir.

Nunca llegó á imaginarse que don Román recurriese á la calumnia para librarse de un testigo enojoso y asegurar de una vez lo que habia robado á su hermano y á su cuñada.

La conducta de aquel hombre era infame.

Tenia la evidencia de que Anselmo decia la verdad,

y no obstante le denunciaba como calumniador y falsario, haciendo que le envolviesen en un proceso del que acaso saldría para extinguir en un presidio una sentencia injusta.

Sólo había un medio para absolverle, demostrando que allí no había más calumniador que don Román.

Este medio consistía en que su amo se presentase espontáneamente, reconociendo como suya la carta dirigida á su hermano.

De aquel modo resaltaba la mala fe de éste al acusar y la plena inocencia del antiguo asistente.

Pero su señor, al obrar así, se perdía, entregando su pecho á las balas encargadas de taladrárselo.

Es verdad que podía ir al extranjero y hacer desde allí una declaración de la verdad, legalizada por un notario.

De este modo libraba su cabeza del riesgo que la amenazaba.

Pero esto era cosa de él, de su conciencia.

Anselmo no podía imponerle este deber.

Por el contrario, si persistía en su primer propósito, declarando lo que había pasado y que el capitán vivía, si éste no se presentaba á confirmar su declaración, seguiría siendo tomado por un falsario, por un ladrón que había ido á casa de don Román con la idea de estafarle el dinero.

De poco valdrían sus antecedentes, ante la desaparición del capitán.

Aquel mutismo le condenaría irremisiblemente.

El pobre hombre estaba metido en un círculo de fuego, que se estrechaba más cada vez, impidiéndole salir, condenándole á ser quemado.

Pero así y todo, resolvió ser generoso con aquel hombre junto al cual había pasado su juventud.

El jefe político hizo que le condujeran á su presencia para interrogarle, antes de entregarle al juez.

Allí, mudando de bisiesto, confirmó la delación de don Román, diciendo que no tenía noticia de que su amo existiese.

Al contrario, que confiando en su muerte, había ideado aquella carta para explotar á don Román.

Que la carta la debía á la habilidad de un amigo suyo, que era un prodigio en asuntos de falsificación, que tenía también su parte en el negocio, negándose á declarar su nombre para no comprometerle, toda vez que había tenido la dicha de esquivar la prisión.

¿Qué hacer con un hombre que se declaraba confeso, antes de que le declarasen convicto las circunstancias?

Lo que hizo el jefe político.

Remitirle á la cárcel del Saladero, poniéndole á disposición del juez de 1.^a instancia.

El asistente quedó incomunicado, hasta que declaró por primera vez.

Y como él mismo se acusaba, resistiéndose á descubrir

á sus cómplices, se le puso inmediatamente en comunicación.

Todos los que entendían medianamente la jurisprudencia criminal, aseguraban que aquella causa se iba á sustanciar en seguida, no tardando el delincuente en sufrir la pena impuesta á su frustrado delito.

Las afirmaciones de Anselmo convenían en un todo con lo que decía Blanca, que también fué llamada al juzgado para que prestase declaración.

La joven siguió afirmando lo mismo que dijo ante el inspector que registró la casa de la lavandera, á saber: que era viuda, según constaba en certificación facultativa, y que su esposo estaba enterrado en Avila.

Quería salvarle, y por eso declaró contra la verdad.

Hay ocasiones en las que un afecto amoroso, profundamente arraigado, se sobrepone á la conciencia y ensordece el oído, para que no perciba su voz.

Pero cayó bien pronto en la cuenta de que su declaración á favor de su esposo perdería irremisiblemente á Anselmo, puesto que confirmaba el delito de que se acusaba á aquél.

Para salvar á Andrés, era forzoso que perdiese al asistente.

Cuando se dió razón de ello, quedó aterrada.

Aquel hombre, siempre noble y leal, siempre cariñoso

hasta la abnegación y el sacrificio, á quien últimamente debía el pan y el albergue que disfrutaba, iba tal vez á espirar en un presidio, para que su esposo viviese, siendo feliz hasta donde podía serlo.

Error funesto que, persistiendo después de notado, degeneraba en un egoísmo criminal, y que siendo ella inocente, la hacía culpable, más que el que comete un delito, cegado por la ambición ó el deseo de venganza.

¿Qué podía oponer á los elocuentes argumentos de su conciencia?

¿Cómo arrostrar la vista de la lavandera, que era hermana del hombre á quien ella condenaba?

¿Cómo aceptar su techo, su pan, sus cuidados?

Porque Andrea, en su rústica sencillez, no había parado mientes en la ferocidad de aquella conducta, no había notado que la declaración de Blanca era un puñal que traspasaba poco á poco el corazón de su hermano.

¿Qué entendía ella de tales cosas?

En sus visitas al Saladero, Anselmo había llevado la delicadeza y el respeto hasta el punto de no arrancar la venda que cegaba sus ojos, impidiendo apreciar la conducta de aquella que la llamaba amiga.

El pobre asistente se informaba con verdadero interés, con el cariño de siempre, de la salud del capitán y de su esposa, y cuando aquélla le hablaba del estado de su causa, se hacía el sordo, como si no le interesara lo más mínimo.

Un día recibió por medio de Andrea una carta de Blan-

ca, en la que aquélla se mostraba arrepentida por lo que había dicho ante el juez y el escribano.

Entre otros párrafos había los siguientes:

«Bien sabe Dios que he tardado muchos días en advertir que mi declaración, conforme con las tuyas, empeoraba tu causa.

»Tenía algo sobre mi conciencia que me abrumaba con su enorme peso.

»Era la ceguedad de mi conducta.

»Hoy veo claro, y te juro que no pasará mucho tiempo sin que te devuelva en bien todo el mal que te he causado.»

Anselmo la contestó con el siguiente, sublime laconismo:

«Lo que importa es salvar al capitán de una muerte segura: no se cuide usted de mí, que al fin y al cabo no perderé la vida.»

Cuando Blanca leyó estos renglones, que encerraban una ternura y una abnegación á toda prueba, sintió sus ojos arrasados en lágrimas.

—¿Por qué llora usted, señorita?—la preguntó Andrea.

—Es que he leído una carta de su hermano,—contestó,—¡Anselmo es un ángel!

—¡Nunca me lo había parecido! pero juro á usted que desde que está en la cárcel... vamos, un ángel no, pero sí un buen hombre... y me cuesta trabajo creer lo que él asegura; que tuvo intenciones de robar...

—¡No crea usted ese absurdo!—exclamó la joven, indignada.

—Entonces, ¿cómo lo afirma él?

—Porque se calumnia para salvar á otro.

—¡Celebro que usted piense de ese modo!... ya decía yo; ¡mi hermano ladrón! Mire usted, señorita, en mi familia todos hemos sido muy pobres, pero muy trabajadores, y sobre todo, muy honrados.

Una vez la vió Blanca muy pensativa, como si la tuviera absorta una idea.

—¿En qué piensa usted, Andrea?—la preguntó.

—En una cosa que llama mucho mi atención desde ayer.

—¿Y qué es ello?

—He oído en el río que usted ha declarado ante el juez en la causa que sin saber por qué se le sigue á mi hermano...

—Sí; me citaron, y fué preciso. Todos tenemos obligación de hacerlo, cuando nos llaman.

—¿Y cómo, si el señorito don Andrés vive, ha declarado usted lo contrario, llegando á decir que su cuerpo yace en Avila?

Esta pregunta en extremo natural y sencilla, que debía haberse ocurrido antes á la ruda lavandera, no esperada seguramente por Blanca, la causó una impresión tan viva que no fué dueña de disimularla.

Conociéndolo Andrea, se apresuró á exclamar:

—¡Bah!... ¡no me haga usted caso!... ¡yo qué entiendo de tales cosas!

Pero la joven creyó que debía contestar algo; aproxi-

mándose mucho á su interlocutora, deslizó en su oído estas palabras:

—He hablado así ante el juez, porque era necesario salvar á mi marido, sobre quien pesa una sentencia de muerte.

No se la ocurrió decir:

«Le salvo á costa de la libertad y de la honra de tu hermano, á quien pierde para siempre mi declaración.»

Andrea se dió por satisfecha.

Ignoraba esta segunda parte.

Hablemos algo también de don Román, el principal motor de aquella máquina siniestra, que al contrario de las máquinas de vapor desarrollaba dolores en vez de fuerzas.

El único autor de aquella intriga que podía llevar á un hombre á presidio, no estaba muy satisfecho del giro que tomaba.

Nada le importaba lo que pudiera suceder á Anselmo.

Para él era un factor de muy poca monta.

Le había tomado como medio á propósito, como resorte para mover todas aquellas figuras en el tablado de maese Pedro, y convencido ya de su inutilidad, le abandonaba á su destino, que él mismo le había fraguado.

Para él la figura principal, aunque no aparecía, era su hermano.

Todo lo esperaba de la batida que dió la policía.

Pero ya sabemos que el resultado fué nulo.

Sin embargo, cada vez estaba más convencido de que

Andrés existía, y el haber encontrado á la que pasaba por su viuda en casa de la lavandera, le confirmó en su sospecha de que aquel sitio sirvió de albergue al capitán, aunque solo hubiera sido por algunas horas.

¿Quién pudo avisarle aquella tarde? ¿Dónde se encontraba desde que burló las pesquisas de sus perseguidores?

Por espacio de algunos días y algunas noches, estuvo secretamente vigilada la casa de la lavandera.

Pero sobre no sorprender en ella ni en sus cercanías al capitán, no se había visto salir ni entrar á ningún personaje que pudiera inspirar la más leve sospecha.

Fué preciso desistir de aquel mudo espionaje, en vista de que no daba más resultado que el amargo desengaño.

Entonces volvió á pensar en Anselmo.

El era uno, acaso el más principal, de los que conocían el paradero de su hermano, y se encontraba en mejor situación que nadie de aquéllos, para hacerle hablar.

Pronto iba á pesar sobre él una sentencia infamante, y de cruel resultado.

Se le hizo entender indirectamente, que se gestionaría su perdón si hablaba; que saldría de la cárcel completamente absuelto, libre y con dinero, dejando á su elección la suma que pudiera contentarle.

Pero Anselmo se hizo el sordo á los ofrecimientos, y fué de piedra para las promesas.

Cuando le hablaban de libertad, se reía, y cuando de dinero, no hacía más caso que de ver como volaban moscas.

—¿No me ha acusado de falsario don Román?—decía.

—¿Pues por qué se fía ahora de la palabra de un hombre que no sabe ó no quiere decir la verdad?

—¡Eres un necio!—le argüía un compañero de prisión, ganado por el infame calumniador.—Vas á morir en presidio...

—¡Ya lo sé!

—Cuando podías reírte de la fortuna.

—El caso es, que ahora me da por estar serio.

—¡Puede que te pese algún día!

—No lo niego.

—Que quieras adquirir lo que ahora te ofrecen.

—¡Bah!

—¡Entonces será tarde!

—Por lo mismo no lo pretenderé.

—¿Qué te da el capitán porque calles?

—El trabajo de rezar por su alma.

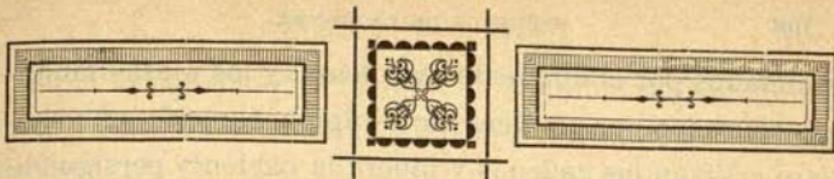
Y nadie le sacaba otra palabra del cuerpo.

Por último, don Román hizo la última prueba que había de disipar la débil duda que le quedaba.

Como individuo de la familia tenía una llave para entrar en el panteón del cementerio de Avila, siempre que lo creyese necesario.

Hizo un viaje expofeso, y entró en el panteón.

El féretro de su hermano Andrés estaba vacío.



CAPITULO X

La Reacción

AUNQUE por su manera de proceder habrán ya conocido nuestros lectores, que el marqués de Moratalla era capaz de todo lo malo, vamos á consignar algunos antecedentes de su familia, tanto porque ésta representa un importante papel en nuestra obra, cuanto porque de esa manera conocerán á fondo el carácter y perversidad del hermano del resucitado capitán.

Para ello, necesario es que retrocedamos á una de las épocas más terribles y más sangrientas de nuestra historia patria.

A la feroz reacción absolutista del año 1823.

Fernando VII, había recobrado su poder absoluto, gracias á las bayonetas de los cien mil hijos de San Luis,

mandados por el duque de Angulema; y las masas fanáticas azuradas por un clero tan estúpido como feroz, gritaban: «¡Vivan las cadenas y muera la nación!» persiguiendo con el más terrible ensañamiento á las personas tachadas de liberales (*negros* como ellos decían), resueltos á exterminarlos hasta en la quinta generación.

En aquella vergonzosa etapa, ser *negro* era mucho peor que ser asesino ó ladrón en cuadrilla.

Con éstos se transigia, á aquéllos se les acosaba como á las fieras negándoles hasta el agua y el fuego.

El paria en la India y el leproso en la Edad media, eran seres más considerados que un liberal en aquel tiempo, bajo el reinado de aquel monarca por quien el pueblo español escribió con su sangre generosa la gran epopeya de su independencia.

Bajo la dominación de aquel rey ingrato, por quién Madrid hizo su 2 de Mayo, Zaragoza y Gerona sus inmortales defensas, Cataluña sus hazañas del Bruch, y España entera verdaderos prodigios de valor y de patriotismo.

¿Pero podía acaso esperarse nada bueno, nada noble, nada honrado, de un monarca que mientras con tal bravura peleaba su pueblo, solazábase en Balencey, iluminando su palacio cuando los ejércitos invasores conseguían alguna victoria contra España, llegando en su degradación á pedir á Bonaparte la mano de una princesa de su familia?

De un corazón semejante, era una locura esperar ninguna acción levantada.

La historia ha juzgado ya los hechos de aquel chispero coronado, condenándole al desprecio de las generaciones futuras.

Reseñada á la ligera la situación política de España en aquella época de ominosos recuerdos, prosigamos nuestra interrumpida narración.

El brigadier Vallejo, veterano que hizo su carrera en la guerra de la Independencia derramando su sangre por la patria, como ardiente partidario de la Constitución, era una víctima elegida por los reaccionarios.

Igual suerte le cupo á su hijo Ricardo, joven teniente, que perteneciendo al regimiento de Asturias, proclamó con Riego la Constitución en las cabezas de San Juan.

Ambos eran valientes y de noble corazón, y por lo tanto, no podían ver que su patria estuviese oprimida por la férrea cadena del absolutismo.

El brigadier era de constitución robusta, endurecida con las fatigas de la vida militar, y á pesar de sus cincuenta años, su brazo manejaba la espada con tanto brío, como cuando contaba treinta.

Su hijo también era fuerte y vigoroso, y había probado tener el alma también templada como su padre.

Una noche fría y tempestuosa, en la que el viento norte soplaba llevando en sus moléculas los hielos del polo,

arremolinando la nieve que descendía en espesos copos, dos viajeros, jinetes en dos potros cartujeños de anchos pechos y finos remos, se dirigían á campo través al pueblo de Navalucillos, en la provincia de Toledo, situado en las estribaciones de los montes, á que da nombre la antigua corte de los godos.

La tierra hallábase cubierta por una capa de nieve de más de un pié de espesor, que continuamente aumentaba con la que se desprendía de las cenicientas nubes.

La espuma que á pesar del frío cubría la negra y lustrosa piel de los caballos, denotaba evidentemente que habían hecho una marcha larga.

A pesar del traje de paisano y de los capotes de monte con que envolvían sus cuerpos, su aspecto marcial anunciaba que los dos jinetes eran militares.

Nuestros lectores habrán reconocido en ellos al brigadier Vallejo y á su hijo Ricardo.

En el semblante del joven se dibujaban las huellas del sufrimiento que hacía por ocultar, á fin de no afligir á su padre.

De pronto, el caballo de Ricardo dió un tropezón, y por poco no cae á tierra el jinete.

—Temo, padre, que á mi potro le falten las fuerzas para llegar al pueblo,—murmuró el joven con tristeza.

—¡Valor, hijo mío! Nos falta ya poco, y una vez allí

podremos, tanto nosotros como nuestras monturas, reponer las fuerzas perdidas en tan violenta marcha,—repuso el anciano con dulzura.

Ricardo, arropándose con el capote cuanto pudo, balbuceó:

—¡Qué noche más fría!

—La nieve, á pesar de lo mucho que nos molesta, viene en nuestro auxilio, pues con esta temperatura no creo que nadie nos vea entrar en el pueblo.

Ya sabes que cuantas más precauciones tomemos, mejor; en el pueblo nos esperan, pero es preciso cuidar de que no se advierta nuestra llegada á fin de no comprometer á nuestros amigos.

Sin cambiar más palabras, continuaron su marcha, haciendo alto á la vista de Navalucillos, para reconocer sus armas.

Convencidos el brigadier y su hijo de que sus pistolas iban bien cebadas, prosiguieron su marcha, deteniéndose en una casita separada del pueblo como unos trescientos pasos.

Entonces echaron pié á tierra, y llamaron á la puerta de una manera convenida.

Segundos después se abrió el portón, y jinetes y cabalgaduras penetraron en la casa.

De su paso no quedaban más que las huellas que los

cascos de los caballos imprimieron en la nieve, y que la que caía de las nubes iba borrando poco á poco.

Una vez dentro de la casa, abandonando los caballos al cuidado del hombre que les abrió la puerta, pasaron á la cocina, donde ardía una abundante porción de leña.

Vallejo y Ricardo se quitaron los capotes empapados por la nieve, poniéndoles á secar.

El mismo hombre que les franqueó la entrada penetró poco después en la cocina con una jarra de vino, un pan grande y un trozo de pernil, que colocó en una mesa baja de pino, diciendo:

—Mi brigadier, aquí tienen ustedes con qué tomar un bocado.

—Gracias; ponnos en las alforjas lo que puedas y darás un buen pienso á los caballos, que bien lo necesitan los pobres.

—Ya lo he hecho; ahora voy á dar una vuelta por el pueblo, á enterarme de si algún curioso les ha visto á ustedes entrar aquí.

Vallejo y su hijo quedaron solos.

El brigadier comenzó á comer con buen apetito. Ricardo, que no se sentía bien, comía á la fuerza, por no disgustar á su padre.

—¡Gracias á Dios que podemos descansar algo!—exclamó el brigadier.

Ocho días de marcha sin cobijarnos bajo techado, matan á cualquiera.

Esta casa es para nosotros un verdadero puerto de refugio.

Dejemos al padre y al hijo, y sigamos al hombre que los había recibido en su casa.

Procurando aprovechar la sombra que sobre la nieve proyectaban las casas, fué desliziéndose hasta llegar á la plaza del pueblo, donde se ocultó en el pórtico de la iglesia, próxima á la casa del alcalde.

En el pueblo reinaba un completo silencio.

—Nada sospechan,—se decía con júbilo nuestro hombre.

Momentos después quedóse sorprendido, viendo que un pastor se dirigía á la puerta del alcalde.

—¡Es el tío Alcayata, y á estas horas á nada bueno puede venir á esa casa!

El pastor penetró en la morada de la primera autoridad, y desde allí fué á dar aviso al cura de que se le esperaba.

Poco después fueron acudiendo á la plaza los vecinos más significados por sus ideas absolutistas; todos ellos llevaban armas, quién una escopeta, aquél un sable mohoso, otros hachas, y algunos, á faltas de otras armas, empuñaban chuzos y horquillas.

Todos aquellos semblantes respiraban sed de venganza.

—¡Malo! ¡malo!—decía nuestro hombre, no atreviéndose á salir de su escondite.

Por fin llegó el cura, llevando en su mano derecha la imagen del Redentor, que iba á servirle de bandera en aquella empresa.

Como el alcalde fué el primero en ponerse á sus órdenes, todos los demás le imitaron.

Con voz hueca y alzando el crucifijo, el padre de almas exclamó:

—Es necesario servir á Dios y al rey, como manda nuestra santa madre la Iglesia.

No viviremos tranquilos mientras en España quede un solo *negro* con vida.

Es preciso acabar con sus malditos cuerpos, para que Satanás queme sus almas en el infierno.

Esta caritativa arenga entusiasmó á los congregados, que ya estaban deseosos de tener á los *negros* entre sus manos para hacerles pedazos.

—Vamos á ver, Alcayata, ¿tú sabes en qué casa se han metido esos dos jinetes que dices, y si verdaderamente son negros?—preguntó el cura.

—Sobre lo último no me cabe ninguna duda; tengo buena nariz y les conozco en el olor,—replicó el aludido haciendo un gesto.

En cuanto á lo primero, no puedo decir dónde estarán; pero que traían el camino del pueblo, en eso no tengo ninguna duda.

Yo pensé seguirlos, pero como la nieve está helada,

tuve la desgracia de resbalar y caerme, y cuando me repuse los había perdido de vista.

—Pues á buscar á esos condenados *negros*,—agregó el alcalde.

—¡Alto!—repuso el cura, con la misma entonación que un cabecilla da sus órdenes.

Hay que obrar con prudencia, para no espantar la caza.

—A mí me sobra con que me la señalen, para tumbarla de un tiro,—replicó uno, blandiendo un fusil.

—¡En marcha!

Aquella turba de fanáticos salió de la plaza, llevando á Alcayata como guía.

El dijo que tenía buena nariz, y por lo tanto le tocaba ejercer de perro.

Apenas les vió desaparecer, nuestro hombre salió de su escondite, y crispando los puños, se dijo:

—¡Miserables! ¡sois dignos de ser esclavos!

Con una rapidez inconcebible, se deslizó entre las sombras.

Al llegar cerca de su casa se tumbó sobre la nieve, por si acaso podía verle alguno de la improvisada tropa, y arrastrándose hasta las tapias del corral, que eran bajas, las salvó de un salto.

—¡Mi brigadier, no hay tiempo que perder! Un miserable ha denunciado al alcalde la entrada de ustedes en el pueblo,—exclamó precipitadamente, penetrando en la cocina.

—¡Qué saña más terrible!

¡En todas partes lo mismo!

Esa gente nos niega el agua y nos da el fuego,—balbuceó Vallejo tristemente.

Ricardo, lleno de ira y dejándose arrebatarse por el ímpetu de sus pocos años, agregó:

—Démosles una lección, muriendo matando.

—Calla, y no trates de comprometer á nadie,—murmuró su padre.

En pocos segundos el brigadier y su hijo tornaron á montar á caballo, y empuñando en una mano las riendas y en la otra una pistola, salieron de la casa al galope tendido.

Cuando el cura y los vecinos se acercaron á la casa, nuestros fugitivos se hallaban muy lejos, viéndose sólo como dos manchas grises que saltaban sobre la blanca sábana de nieve.

—¡Se escapan!—exclamó Alcayata,—y dentro de poco habrán ganado el monte, internándose en la espesura.

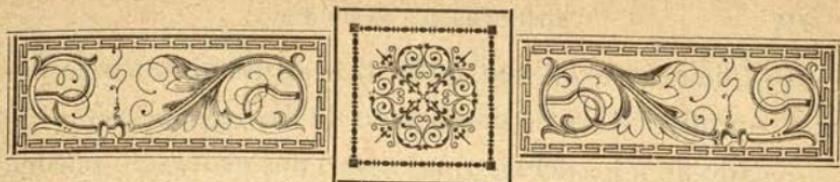
—Mandaremos propios, para que salgan á perseguirles de los pueblos inmediatos,—añadió el alcalde.

—¡Qué lástima!—repetía el cura,—¡tenerles tan cerca y no haberlos cogido!

También los demás maldecían su mala suerte.

Decididamente, aquellos hombres eran dignos de ser esclavos.





CAPITULO XI

Fugitivos

IMPOSIBLE es pintar la desesperación que se apoderó del joven Ricardo, al emprender aquella fuga.

Su padre, hombre más hecho á las adversidades de la vida, iba más resignado.

Una vez que lograron internarse en la sierra, con objeto de dar algún descanso á sus cabalgaduras, se detuvieron.

Por fortuna, como si los elementos se compadeciesen de aquellos proscriptos, cesó de nevar.

Padre é hijo, teniendo los caballos del diestro, se sentaron sobre el carcomido tronco de un árbol que la fuerza del viento derribara.

—¡Qué desgracia! ¡no poder descansar ni una sola noche!—profirió Ricardo con acento de desesperación.

—Hijo mío, los perseguidos como nosotros, sólo pueden compararse con el Judío errante.

Hasta que ganemos la frontera portuguesa, siempre resonará detrás de nosotros el fatídico ¡anda!

Menos mal que hemos conseguido hasta ahora burlar á nuestros enemigos.

Pero ¡ay! ¡cuántos de nuestros compañeros habrán á estas horas muerto en el suplicio!—terminó el veterano, dejando rodar por sus mejillas, tostadas por el sol de los combates, dos lágrimas de amargura.

En efecto, Vallejo al hablar así tenía razón. En aquella época la oficialidad de nuestro ejército afecta en su mayoría á las ideas liberales sufrió una persecución terrible, cruel.

Los regimientos quedaron en cuadro pasando los oficiales presos á los castillos y no pocos fueron fusilados.

Testigo de estas ejecuciones fueron los fosos de Atarazanas y la ciudadela de Barcelona, Gibralfaro de Málaga, Ferrol, Santoña y Cartagena.

Después de algunos momentos de silencio, el brigadier prosiguió:

—Sin abandonar ya estos montes podemos estar en Portugal antes de ocho días.

—Padre, allí también ha triunfado la reacción,—objetó el joven con acento febril.

—No importa, para que aunque sea vigilándonos, nos concedan hospitalidad.

Pero la marcha que debemos hacer será tan difícil como fatigosa entre las fragosidades de esta sierra, pues necesitamos huir de todo el mundo.

¡Ten valor!

—No me falta, padre; pero el ver lo desgraciados que somos, me desespera.

Cerca del amanecer se pusieron otra vez en marcha.

A medida que se internaban en los montes, eran éstos más espesos y los pasos más difíciles.

Unas veces la montaña presentaba desnuda roca cortada por profundos barrancos casi infranqueables á la planta del hombre.

Otras las capas de tierra que ocultaba la peña hallábanse cubiertas de espesos jarales, que servían de guarida á las alimañas y á las fieras.

Más allá el monte vuelve á desnudarse, formando terribles pendientes.

Las rocas desprendidas de las alturas obstruyen las veredas que trazó la planta del hombre y la del lobo, que algunas veces parecen fraternizar, pues ambos son ladrones.

Por fortuna los caballos de nuestros personajes eran de aquella raza que tanto buscan los contrabandistas de la serranía de Ronda.

Más que caballos parecían cabras.

Por aquellos sitios es casi imposible caminar á caballo.

Sin más rumbo fijo que el internarse en la sierra, caminaron el primer día.

Llegó la noche y para hacer más triste su situación comenzó nuevamente á nevar.

En el monte había algunas majadas de pastores, alguna que otra choza; mas no era posible ni prudente acercarse á ellas.

Ir allí equivalía á caer en manos de sus enemigos.

¡Oh! si ellos fuesen ladrones los pastores les hubiesen dispensado buena acogida, mas siendo liberales les darían muerte ó les denunciarían.

El cura lo ordenaba así diariamente desde el púlpito:

—Ser liberal es el mayor pecado que podía cometerse.

¿Pero se quiere más?

Hasta los bandoleros abrazaron la causa de Fernando VII, siendo indultados en su mayoría con la sola condición de que se dedicaran á perseguir liberales.

Vallejo y su hijo no tuvieron más remedio que dormir aquella noche sobre la nieve.

Con frecuencia oían el aullido de los lobos que hambrientos vagaban á su alrededor.

Una vez tan cerca de ellos estuvieron que padre é hijo empuñaron sus pistolas.

Mas ¡ay! de que les servían aquellas armas, si era lo más probable que su detonación les vendiese.

Así es que cambiaron la pistola por el cuchillo de monte.

La Providencia quiso que por aquella noche ellos y sus caballos se librasen de la voracidad de las fieras.

La sierra, siempre la sierra, examinando el terreno que recorrían y huyendo de las huellas del hombre, lo mismo que el náufrago que arriba á una isla habitada por antropófagos.

De esta manera trascurrieron varios días.

Se les acabó la cebada que llevaban para los caballos y los pobres animales tenían que alimentarse con las yerbas que crecían entre las junturas de las rocas y algunos que otros tallos.

También las provisiones que llevaban en las alforjas comenzaron á escasear, teniendo los jinetes que contentarse con comer lo suficiente para no caer desfallecidos de hambre.

La noche que lograban albergarse en alguna cueva, se consideraban felices, pues al menos se librasen de la intemperie.

Leña con que hacer una hoguera para calentar sus ataridos miembros les sobraba, mas temian que el resplandor de las llamas denunciase su presencia.

¡Siempre lo mismo, el hombre huyendo del hombre!

Mas ¡ay! sin duda eran estos pocos sinsabores, cuando tuvieron que agregar otro.

Una tarde el caballo que montaba Ricardo comenzó á cojear.

El joven se apeó para reconocerle, viendo con tristeza que tenía un jaronazo en una pata.

—Padre, mi caballo no puede seguir la marcha,— exclamó el joven con dolor.

—¿Qué tiene?—repuso el veterano con el acento de tristeza y resignación que le era peculiar.

—Está inutilizado por completo.

—Entonces no hay más remedio que abandonarle.

Su curación exige tiempo y quietud y no podemos detenernos.

Desgraciadamente para los fugitivos así era.

Vallejo y su hijo deliberaron un momento lo que debian hacer.

Abandonar el caballo para que fuese pasto de los lobos era una crueldad.

No había más remedio que matarle. ¿Pero cómo?

De un pistoletazo era imposible, por las razones que antes hemos apuntado.

Vallejo con todo el dolor de su corazón empuña su cu-

chillo de monte degollando de un solo golpe al noble animal.

Perdido un caballo les restaba otro para proseguir la marcha.

El brigadier conociendo que la dolencia de su hijo iba agravándose, procuraba que el joven fuera casi siempre montado.

Cada vez era más obruptiona la parte de los montes que recorrían siéndoles muy difícil el salvar las pedrizas y las cortaduras que encontraban.

Una mañana poco antes de emprender la marcha el brigadier, fijando una mirada en su hijo, exclamó con acento de amargura.

—Ricardo ¿te sientes peor?

—No, padre, me siento bien,—repuso el joven esforzándose por sonreír.

—¡Dios quiera que lleguemos pronto á Portugal,—agregó el veterano elevando sus ojos al cielo.

Durante aquella jornada el joven sufrió valerosamente los dolores más agudos.

Al mediar la tarde, la naturaleza, como si pretendiese aumentar los sufrimientos de los fugitivos, se desató en una violenta tempestad.

El relámpago, los truenos, el silbido del viento al atravesar los jarales, el rodar de las breñas empujadas por el aguacero, el fragor del torrente que el eco hacía repercutir

entre las breñas, formaban un terrible y aterrador concierto.

En aquel instante Vallejo y su hijo se hallaban en una altura de pelada roca, desde la que se distinguía á lo lejos un pueblecillo.

La fiebre devoraba al joven haciéndole sufrir de un modo horroroso.

Asiéndose nerviosamente á los clines del caballo para no caer, exclamó con acento desfallecido:

—¡Padre, no puedo más! ¡La fatiga me mata!

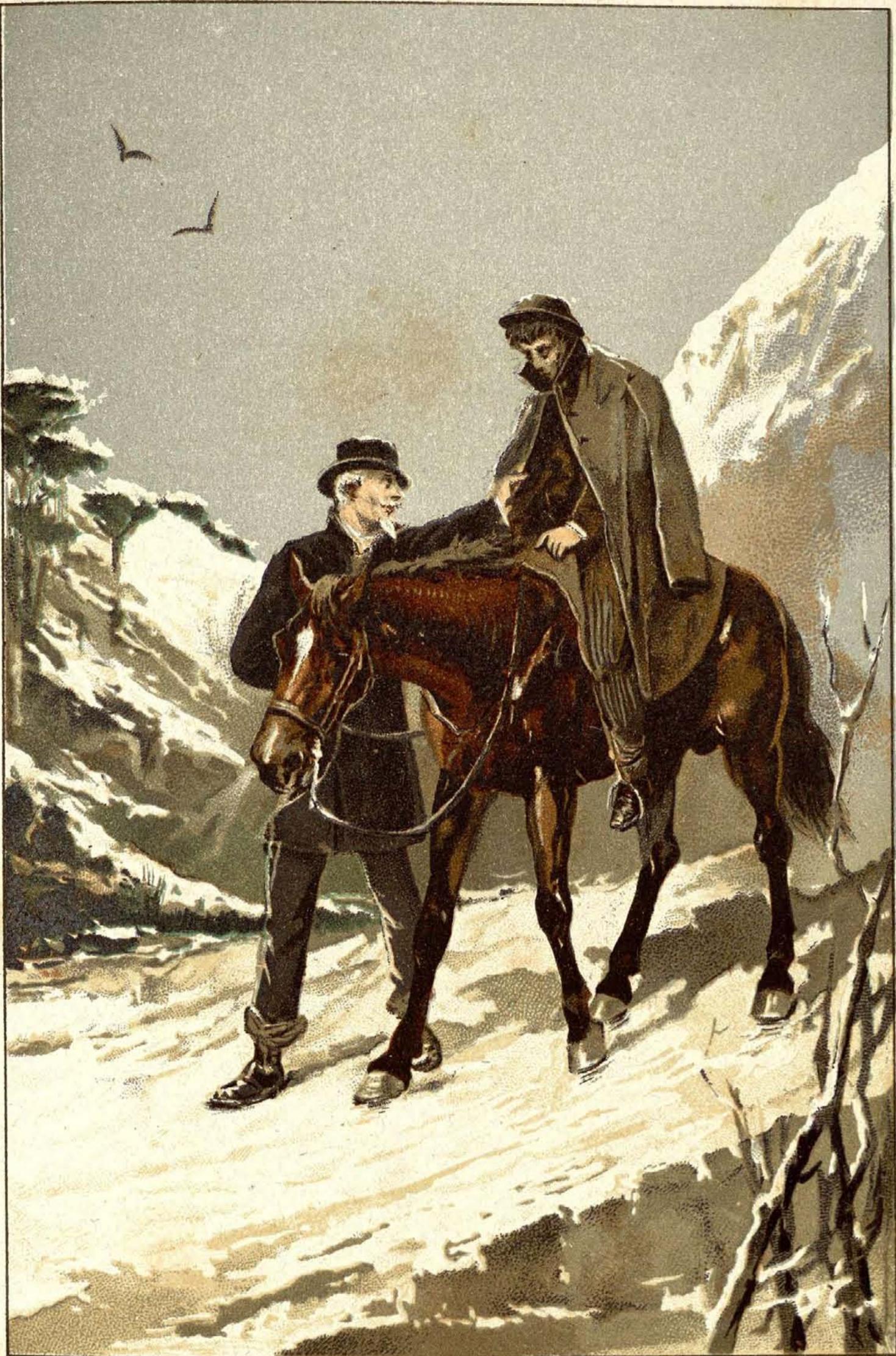
Pero ya que yo no puedo salvarme, dejadme aquí y huid vos.

El brigadier clavando una mirada humedecida en su hijo se abrazó á él balbuciendo con efusión:

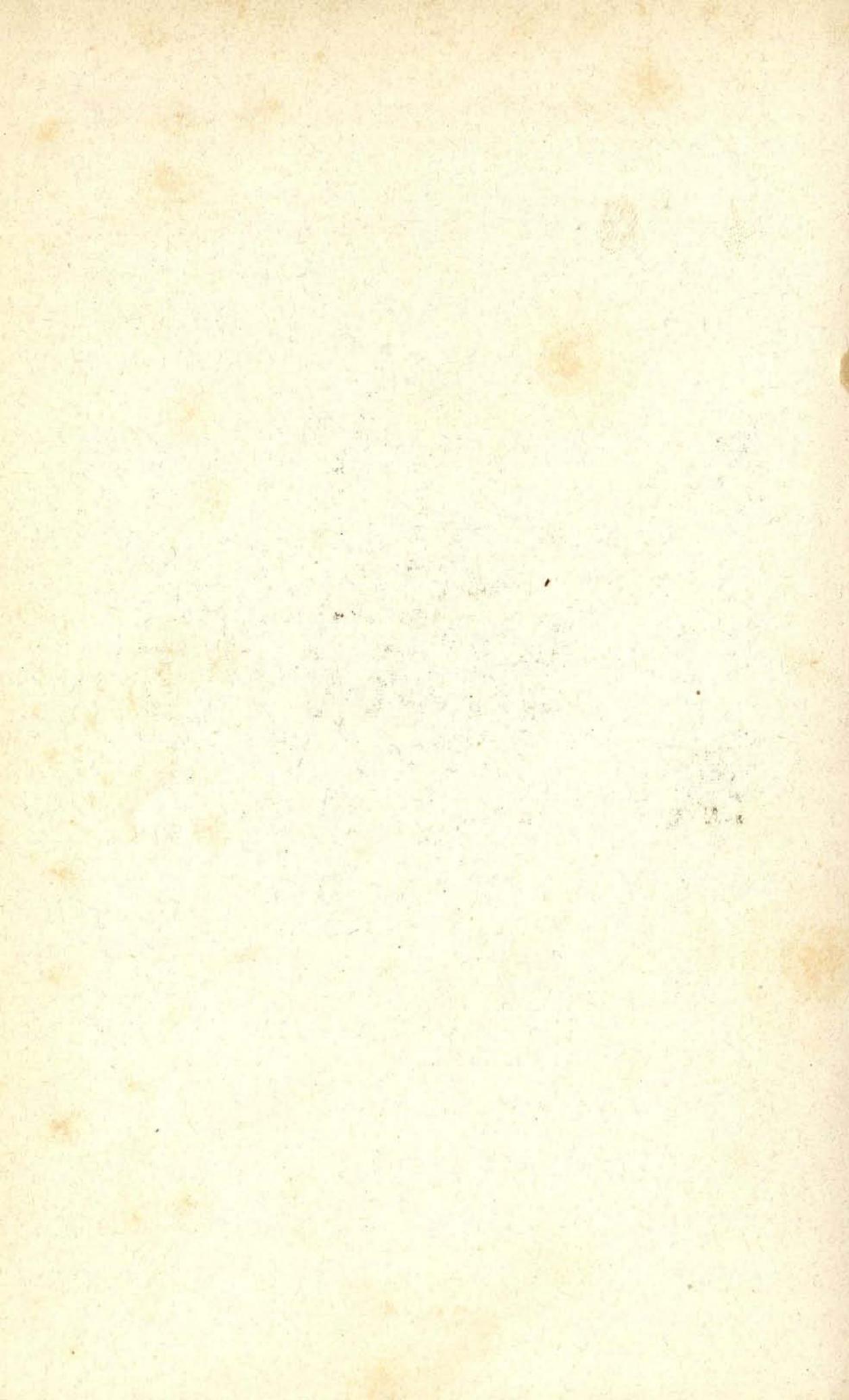
—No, ¿abandonarte? ¿Estas loco? tu suerte será la mía. Eres un pedazo de mi corazón que hasta con mi vida disputaré á la muerte,—y desmontando á su hijo le puso su manta para abrigarle mejor y teniéndole en sus brazos, lo mismo que cuando era pequeñuelo, exclamó con firmeza:

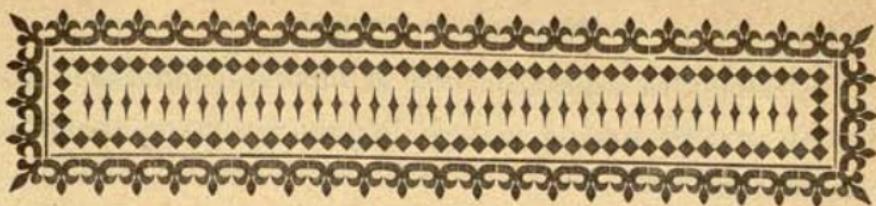
—¡Sea lo que Dios quiera!





Padre; no puedo mas, me muero.





CAPITULO XII

La vida ó la muerte

POR espacio de algún tiempo permaneció Vallejo con la mirada fija en su hijo.

El joven se hallaba en ese estado de postración casi completa, que determina la calentura antes de producir el delirio.

El semblante amarillento, los ojos hundidos y brillantes y el sudor copioso y frío.

El brigadier miró á su alrededor buscando un albergue cualquiera, una hendidura de las breñas donde resguardar á su hijo del fuerte aguacero que caía.

Su mirada se fijó en el pueblecillo, y súbitamente el dolor cedió su puesto á la ira.

Sus ojos se animaron con el mismo fuego que en los momentos de mayor peligro le daba ánimo en el campo de batalla.

—¡Allí!—se dijo clavando la vista en las casas y apretando los dientes,—hay moradas donde mi hijo pudiera cobijarse, lecho donde descansar, alimento sano que devolviese las fuerzas á su quebrantado cuerpo, y medios para combatir la calentura.

¡Mas eso es imposible!—agregó moviendo la cabeza con desesperación.

¡Allí está la muerte!

Ese pueblo encerrará fanáticos que por su cuenta ó cumpliendo órdenes superiores predicarán diariamente el exterminio de los liberales.

Para esas masas de fieras humanas á quienes el fanatismo religioso, hermanado por el furor político les hace olvidarse de los sentimientos humanitarios, nosotros no somos hombres, estamos considerados como seres malditos.

Antes que proporcionarles el placer de que se mofen de mi agonía prefiero morir con mi hijo en cualquier cubil de estas breñas.

Entre que nuestros cuerpos sean destrozados por las fieras de la reacción ó las que se guarecen en estos jarales, prefiero que sirvan á éstas de alimento.

El brigadier lanzando sobre el pueblo una mirada de reconcentrado odio, se puso en pié y conduciendo á su hijo en los brazos, se internó en los jarales.

En aquel momento no se acordó del caballo, mas el noble bruto siguió los pasos de su dueño.

Después de recorrer un largo trecho y cuando ya la fatiga comenzaba á rendirle, sus ojos tropezaron con un saliente de las rocas, cuya parte alta bastante inclinada parecía que iba á derrumbarse.

Tres jaras fuertes y espesas que crecían en los costados resguardaban á aquella hendidura de los vientos.

La vista de aquel refugio que le deparaba la casualidad, le dió nuevas fuerzas.

El brigadier llegó hasta aquella especie de cueva, depositando á su hijo en el suelo en la parte más á propósito.

Allí, si no por completo al abrigo del aire, estaban resguardados de la lluvia.

Vallejo ató el caballo á una jara y sentándose al lado de su hijo se dispuso á pasar la noche.

En tanto la luz del día fué desapareciendo y las tinieblas de la noche se enseñorearon de la tierra.

Desde la cueva distinguíase la silüeta del pueblo, y el brillo de algunas luces que se filtraban por las rendijas de las ventanas.

También distinguía las columnas de humo que se escapaban de los hogares yendo á perderse en la oscuridad de la noche.

—¡Oh, si ese pueblo fuese portugués!—se dijo el brigadier,—no me faltaría un techo hospitalario donde refugiarnos. Pero por desgracia aun estoy en España: en esta

patria á quien tanto quiero y de donde me arroja el infortunio.

¿Quién sabe si yo también habré arrojado de esta cueva á alguna alimaña?—agregó con tristeza.

Sin embargo, si ha sido así, debe ser más humana que los hombres cuando á viva fuerza no me disputa su cubil.

Aquí las fieras, y allí el fanatismo: preferible es quedarse entre éstas,—terminó diciendo con iracunda desesperación.

La dureza del suelo molestaba el cuerpo de Ricardo; que continuamente hacía esfuerzos para cambiar de postura.

La fiebre era por momentos más alta y el pobre joven seguía temblando del frío que le causaba.

Sus labios hallábanse secos y agrietados y sus ojos relucían de una manera extraordinaria.

—¡Tengo sed!—exclamó con voz muy débil.

Afortunadamente á pocos pasos de allí y en la hendidura de una peña la lluvia había depositado una regular cantidad de agua.

Vallejo salió de la cueva y llenando un vaso de cuero se le presentó al joven que con verdadera ansia dió fin de su contenido.

Con voz dulce, y tratando de ocultar la pena que le embargaba, su padre le preguntó:

—¿Cómo te sientes?

—Mal: las fuerzas se me acaban,—balbuceó Ricardo con voz apenas perceptible.

De los ojos del veterano brotaron dos lágrimas, que hacía tiempo se esforzaba por contener.

Con acento desesperado por el dolor y sintiendo en su pecho crecer el odio que profesaba á los causantes de sus desventuras, exclamó:

—¡Valor, hijo mío! El corazón me dice que debe faltarnos poco para llegar á Portugal.

En los labios del joven apareció una amarga sonrisa, y repuso:

—Padre, todos sus esfuerzos para salvarme son inútiles.

Las fuerzas me han abandonado casi por completo y no tardará mucho la fiebre en consumir las pocas que me restan.

Partid padre y dejadme morir puesto que así lo dispone mi suerte.

—No, hijo mío, no me separaré de ti de ninguna manera.

Vivirás porque yo lo quiero, porque Dios no ha de ser tan cruel para este pobre padre,—repuso el brigadier febrilmente, estrechándole contra su pecho.

El joven cerró los ojos vencido por la fiebre, apoyando su ardorosa cabeza en el brazo del autor de sus días.

Aquella escena de mudo dolor destrozaba el alma.

Como si no fuese bastante que la muerte cerniera sus alas en el fondo de aquella hendidura, la tempestad cada vez en aumento hacía oír la ronca voz del trueno, el azotar de la lluvia en las piedras y las jaras y el fragor de los torrentes precipitándose en los profundos barrancos.

La oscuridad sólo se interrumpía por la sulfurosa luz del relámpago y las del pueblecillo, que para hacer más terrible el sufrimiento del desgraciado padre tenía continuamente ante sus ojos.

—¿Para qué quiero la vida si pierdo á mi hijo?—exclamó el brigadier mesándose los cabellos.

En el pueblo cuando menos habrá un mal cirujano que auxilie á mi Ricardo.

¡Oh, sea lo que Dios quiera!

Si en todas partes está la muerte, es inútil prolongar más la agonía. ¡Al pueblo!—terminó con acento enérgico.

Sus brazos tornaron otra vez á oprimir el cuerpo de su hijo.

El joven haciendo un esfuerzo, quiso desasirse y repuso con horror:

—¡No, padre, aquí y allí mi muerte es segura, tu sacrificio resultará inútil!

¿Si yo he de morir por qué has de ponerte en manos de tus verdugos?

¡Sálvate tú!

—¡Nunca!—replicó el anciano con desesperación.

Si mueres, estoy decidido á entregarme ó á levantarme la tapa de los sesos.

Ricardo conociendo la entereza de carácter de su padre y que ni las razones ni las súplicas le disuadirían de su empeño, guardó silencio.

Vallejo desatando el caballo de la jara le aproximó á la cueva.

Después haciendo un gran esfuerzo colocó á su hijo sobre la silla pero aun en esta posición le era difícil al enfermo permanecer á caballo.

—Haz un esfuerzo, hijo mío, que yo te sostendré.

Las calenturientas manos del joven se aferraron á la perilla de la silla. Su cuerpo encorvado por la calentura y el peso de las dos mantas empapadas de agua, temblaba de frío.

En esta situación se pusieron en marcha: la mano derecha de Vallejo sostenía á su hijo de la cintura, en tanto que con la izquierda sujetaba las riendas del caballo.

El descenso era penoso, la lluvia hacía muy resbaladizos los pasos cubiertos de pedrizas: de vez en cuando se encontraban el sendero que seguían cortado por improvisados arroyos, que para franquearlos el potro tenía que saltar.

Entonces Vallejo, temiendo que su hijo fuera despedido de la silla le desmontaba y sosteniéndole en sus brazos se metía valientemente en el agua.

¡Cuánto tiempo no tardaron para descender del monte!

Por fin consiguen llegar á la llanura y entonces aumentaron las zozobras del veterano.

Hallábanse próximos al pueblo, ¿mas cuál era la suerte que les esperaba?

¿Aquello no era correr á una muerte cierta?

¿Encontrarian en el lugar un corazón humanitario que se compadeciese de su infortunio?

Haciéndose esta pregunta se acordaba de lo que le sucedió en Navalucillos, donde sin embargo de tomar infinitas precauciones, bastó que sospechasen su llegada para que acto seguido emprendieran contra ellos una tenaz persecución.

Lo más probable era que entonces les sucediese lo mismo.

Instintivamente refrenó el caballo, sintiéndose arrepentido de su resolución.

Pero este arrepentimiento fué pasajero, pues el veterano se dijo:

—De todos modos la muerte de Ricardo es segura en la sierra; en el pueblo tendré al menos el consuelo de morir á su lado, habiendo hecho lo posible por salvarle.

Pensando así, prosiguió la marcha.

A medida que se aproximaba al lugar, eran más violentos los latidos de su corazón.

El infeliz padre tenía formada tan mala idea de los absolutistas, que no creía que hubiese uno bueno.

Al llegar á la altura de las primeras casas, se sintió acometido de nuevas vacilaciones. Pero miró á Ricardo y viendo su semblante lívido y desencajado, se dijo:

—No hay tiempo que perder: la lluvia y el frío le matan.

Media hora más sufriendo los rigores de esta noche inclemente y acaba su existencia.

Afanosamente dirigió su vista á uno y otro lado en busca de una luz ó de una persona á quien pedir hospitalidad.

Las calles del pueblo hallábanse completamente desiertas; sin embargo, á pocos pasos de él y por las rendijas de una ventana ve filtrarse dos hilos de luz, y hacia allí se dirige.

Llega, se detiene, y con mano febril golpea las maderas de la ventana, que está defendida por una sencilla reja.

Poco después aparece en ella una joven que tiene aspecto de sirvienta y que en voz fresca exclama:

—¿Quién llama á estas horas?

—Dos viajeros que la suplican por Dios, que les dé albergue por esta noche.

Uno viene devorado por la fiebre y no puede resistir más la inclemencia del tiempo,—contestó el brigadier lleno de vergüenza y con acento dolorido.

Su suerte le colocaba en la misma situación del mendigo que de puerta en puerta implora la caridad.

—No puedo abrir: mi amo ha salido y estoy sola en la casa,—repuso la maritornes disponiéndose á cerrar la ventana.

El veterano movió la cabeza dolorosamente.

—¡Los liberales estamos malditos!—pensó.

La primera casa á que me acerco, me rechazan.

Quizá sea porque ignoran quien soy, si lo supiesen me abrirían su puerta para franquearnos después la de la cárcel.

Otra cabeza apareció en la ventana después de la de la criada, y por breves momentos contempló á los fugitivos, exclamando al fin:

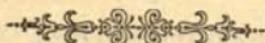
—Abre la puerta.

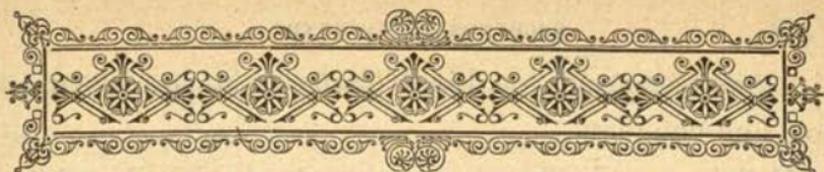
Estas frases borraron las negras ideas que el cerebro del brigadier concebía, y levantando su cabeza, vió el semblante de una señora que representaría unos treinta años, y con acento de profunda gratitud, repuso:

—¡Gracias, señora! Nos hacéis una obra de caridad, que Dios ha de tenerla muy en cuenta.

Segundos después, se abrió el ancho portón de la casa quedando franca la entrada.

El brigadier se apresuró á penetrar en aquella morada que el destino le deparaba.





CAPITULO XIII

En la boca del lobo

PA señora de la casa salió al encuentro de los dos proscriptos, ayudando á sostener á Ricardo, á quien su padre desmontó del caballo, y les condujo á la cocina.

El joven fué colocado en un sillón con asiento y respaldo de baqueta, que aun hoy suelen verse en los conventos, y le acercaron al hogar donde ardía una buena porción de leña.

Las bondadosas facciones de aquella señora borrarón por el momento los recelos del brigadier, quien en su emoción no acertaba á balbucear una sola palabra de gratitud.

—Siéntese usted,—le dijo la dueña de la casa señalándole una banqueta.

Vallejo maquinalmente y sin apartar la vista de su hijo, obedeció.

El grato calor de la lumbre, reanimó un poco el abatido cuerpo del joven, sin que por esto dejase de temblar bajo el influjo de la fiebre.

La señora, acercándose á él, tocó los capotes en que se envolvían, exclamando con admiración:

—¡Dios mío! si están completamente empapados.

No me extraña que os estremezcáis de frío.

—Señora, sólo por eso y por la fiebre que le devora, he tenido el valor de molestarla atreviéndome á llamar á su puerta.

¡Pobre hijo mío!—añadió el anciano con tristeza, dejando correr el llanto por sus tostadas mejillas.

La dueña de la casa, con ese acento de sinceridad que emana del corazón, repuso:

—No me ha causado usted la menor molestia, antes al contrario, me ha puesto en situación de ser útil á mis semejantes.

—¡Gracias!—balbuceó el brigadier, diciéndose:—¡aun hay en España techos hospitalarios! ¡En esta casa deben ser liberales!

La señora, desabrochando los capotes que cubrían el cuerpo de Ricardo se les quitó, y dió orden á la criada para que trajese dos mantas.

La sirvienta salió de la cocina encogiéndose de hombros, como si se dijese:

—Veremos la cara que pone el amo cuando se encuentre con dos huéspedes en casa.

Vallejo, enternecido por los cuidados que la dueña de aquella morada dispensaba á su hijo, al verse sin testigos añadió:

—Señora: ante todo, mi deber de caballero me obliga á decirle quien somos.

—Nada le pregunto, ni nada necesito saber,—repuso la dueña.

No veo en ustedes más que á un joven enfermo y á un padre afligido, á quienes abro las puertas de mi hogar.

Por lo demás, ya presumo quiénes son ustedes.

—¡Lo presume usted!—balbuceó Vallejo con angustia, creyéndose perdido.

—Sí, mas como si no lo presumiera: y le suplico á usted que sobre este punto no me diga una palabra.

En aquel momento penetró la criada trayendo las dos mantas pedidas, con una de las cuales se abrigó al joven, entregando la otra á su padre.

A una indicación de su ama, la criada se apoderó de los capotes y los colgó cerca del hogar para que se secasen.

La señora pulsó al joven, á quien la fiebre seguía teniendo casi aletargado, y exclamó:

—Está muy débil, y antes que nada será conveniente hacerle tomar un poco de caldo.

Afortunadamente le hay en casa,—y acercándose á la lumbre, apartó un puchero de barro, mientras la criada alcanzaba del vasar platos y tazas.

—A usted tampoco le sentará mal tomar caldo con vino, aunque no sea más que para que entre el cuerpo en calor,—agregó la señora dirigiéndose á Vallejo.

—¡Gracias por tanta atención!—repuso el brigadier con gratitud.

La criada, que era de las que conocían su obligación, colocó delante del veterano una mesita baja cubierta con un mantel blanco y limpio.

Aunque con alguna dificultad, consiguieron que Ricardo tomase una taza de caldo con un poco de vino añejo.

Aquello reanimó al joven, que hasta entonces no se había dado verdadera cuenta de dónde estaba, y abriendo los ojos se puso á mirar á su alrededor.

El encontrarse en una cocina, amplia y limpia, al lado de un buen fuego, le parecía un sueño.

Vallejo, después de dirigir una nueva mirada de gratitud á la compasiva señora, exclamó con dulzura:

—¿Cómo te encuentras, hijo mío?

—Mejor: casi me siento con fuerzas para continuar la marcha.

—De ninguna manera,—objetó la señora;—con la noche

que hace y el estado en que se encuentran, no puedo permitirles que salgan de esta casa.

Ustedes lo que van á hacer es acostarse tan pronto como terminen de cenar.

La criada dejó encima de la mesa un plato con cecina, vino y pan, para que el brigadier se sirviese después de tomar el caldo.

A pesar de la zozobra natural de Vallejo, comió con algún apetito, pues su estómago, que hacía algún tiempo se veía mal alimentado, puede decirse que despertó al olor del sabroso caldo y de la bien curada cecina.

—Señora, no sé cómo pagarle su generosidad,—exclamó el brigadier con reconocimiento.

—Haciendo siempre que pueda lo mismo que he hecho yo, que dicho sea de paso, no tiene nada de particular.

Cualquiera que sea cristiano obrara de igual manera.

Estas palabras hicieron estremecer al militar.

—¿Estaré en la casa de algún fanático?— se dijo.

Estas gentes son capaces de todo: primero me auxiliarán porque así lo manda la religión, mas después no tendrán el menor escrúpulo en denunciarme al alcalde, porque así también lo manda el cura.

Esta manera de pensar quizá extrañe á nuestros lectores, y más en un hombre de tan nobles sentimientos como el veterano; pero ha de tenerse presente la época en que se

desarrollaban estos sucesos, tiempos en que la diferencia de ideas políticas engendraba odios mortales.

El progreso aun no había conseguido que dos hombres de distinta opinión fuesen amigos.

Además, lo que temía el brigadier había sucedido más de una vez.

Terminada la cena, entre la caritativa señora y Vallejo subieron á Ricardo á las habitaciones altas de la casa.

La criada iba adelante alumbrando con un candil.

En un cuarto que debió ser granero por su forma, pero bastante limpio y abrigado, donde había dos camas, hicieron alto.

—Esta es su habitación de ustedes.

Siento que no sea más cómoda,—balbuceó la dueña de la casa.

—Señora, vuelvo á repetirla á usted que nunca olvidaré este servicio,—agregó el veterano.

—Y yo le respondo que no merece tanta gratitud.

Ricardo fué colocado en uno de los lechos.

Mientras su padre se cuidaba de desnudarle, la señora y la criada volvieron á la cocina.

El joven, al sentirse abrigado, sufrió una favorable reacción que le hizo dormirse.

Su padre, tomando un taburete, se sentó á la cabecera del lecho.

Su actitud era profundamente pensativa.

Sus esfuerzos eran inútiles para desechar el recelo que embargaba su espíritu.

Verdad es que no podía exigirse que fuese confiado un hombre que sufría tan terribles contratiempos.

Contestándose á sí mismo, se decía febrilmente:

—No puede ser que en esta casa se alberguen infames.

En el rostro de esa señora está retratada la nobleza de su corazón.

Pero ¡ay! ¿acaso saben lo que se hacen muchos de los que con tanta saña nos persiguen?

Sus cerebros, fanatizados por el clero, atroflan los sentimientos más generosos, y creen que el ser delatores de un liberal es una acción meritoria á los ojos de Dios.

Nos odian porque en vez de conventos pedimos escuelas.

Ellos quieren mantener al pueblo en la más completa oscuridad, en tanto que nosotros pedimos luz, mucha luz.

El ruido que al volver á la estancia hicieron la dueña y la criada, cortó las reflexiones del brigadier.

—Por esta noche no puedo dar al enfermo más que una tisana, mañana será otra cosa,—dijo la caritativa señora.

Después que Ricardo tomó el cocimiento, la criada abandonó la estancia, é iba el ama á hacer lo propio, cuando el brigadier la detuvo, diciéndola:

—Señora, á pesar de su prohibición su misma generosidad me obliga á decirle quien soy.

Si no lo hiciese así, no merecería llamarme caballero.

Su interlocutora se sonrió, y tomando asiento, repuso:

—Su aspecto claramente me indica que usted es militar, y por lo tanto, está obligado á ser caballero.

Vallejo no pudo contener un movimiento de sorpresa, que advertido por la señora la hizo proseguir:

—Ya ve usted que no me he equivocado.

—No se ha equivocado usted,—repuso el brigadier con firmeza.

—Es más; hace días llegó á este pueblo un peatón, trayendo un oficio para el alcalde, en el que se le mandaba que con la gente que pudiese reunir, saliera á dar una batida por el monte y vigilase los caminos á fin de ver si se apoderaba de dos liberales que huyen al abrigo de los montes en busca de la frontera portuguesa.

Noticia que se confirmó, porque unos pastores encontraron un caballo muerto entre unos jarales, muy parecido al que han traído ustedes.

¿Me he equivocado?

—No, señora; nosotros somos esos fugitivos,—repuso el veterano con nobleza.

Soy...

—El brigadier Vallejo y ese joven, el teniente, don Ricardo, hijo de usted,—le interrumpió la señora.

—¿También conoce nuestros nombres?—agregó el veterano con asombro.

—No se admire; hoy desgraciadamente hay en España mucho perseguido; pero se busca á unos con más preferencia que á otros, y según lo mucho que se recomienda su captura de ustedes debe tener alguien gran interés en perderlos.

—Es verdad, señora; hace mucho tiempo que nos acosan como á fieras,—agregó el brigadier con desesperación.

Hoy los criminales gozan de la más completa inmunidad, en tanto que los que luchamos seis años por la independencia de la patria, devolviendo á Fernando VII su trono y su corona, nos vemos perseguidos y condenados.

¿Usted, señora, es acaso liberal?

—No entiendo de política ni nunca me he mezclado en ella: soy mujer, soy madre y soy cristiana,—respondió la interpelada con dulzura.

—Pues bien, señora, siendo usted cristiana irá á misa, y por lo tanto habrá oído predicar el exterminio de los liberales,—prosiguió Vallejo con vehemencia.

—Sí, muchas veces lo he oído; mas me importa poco que el sacerdote predique una cosa si la caridad manda otra.

Entre lo que dice un ministro de Dios, que al fin es hombre y está sujeto á errores y apasionamientos, y lo que dijo Jesucristo, obedezco á éste.

Dios dijo: «No matarás,» y no mandó perseguir; por lo tanto nada me importa que el sacerdote me aconseje que mate y persiga, yo no debo obedecerle.

Estas frases pronunciadas con energía y seneridad conmovieron al brigadier, que repuso:

—Entonces, señora, no debemos permanecer un momento más en esta casa, pues nuestra estancia aquí puede comprometerla seriamente.

—No se preocupe por eso.

—¡Oh, sí! Mañana es fácil que sepa el alcalde que hemos llegado aquí, vendrá á prendernos, y entonces usted, considerada como cómplice, sufrirá la misma suerte que nosotros.

Ya ve usted que no puedo consentir que se comprometa de esa manera.

—Ni yo que ustedes corran el menor riesgo, ya que esta noche han tenido la fortuna de salvarse.

—Pero ¿no teme usted la indiscreción de alguno de sus criados?—añadió Vallejo.

—No tenga usted miedo: mis criados son de toda mi confianza, y respecto al alcalde sepa usted que es mi esposo,—repuso su interlocutora sonriéndose.

Vallejo, sorprendido, miró fijamente á la dueña de la casa, quedándose sin saber qué contestar.

La señora prosiguió:

—A estas horas mi esposo le está buscando á usted en cumplimiento de órdenes que ha recibido, y en ninguna parte pueden considerarse más seguros que en esta casa.

Es más, el caldo que tomaron ustedes le guardaba para él.

—Entonces, nuestra situación es desesperada,—repuso el brigadier mirando afanosamente á su hijo.

—Caballero, al hablar así me ofende usted.

—No olvide que en ninguna parte se está más seguro que en la boca del lobo.

La dueña de la casa se puso en pié despidiéndose del veterano, recomendándole que descansase con fiadamente.

El saber que se hallaba en casa del alcalde, aumentó la inquietud del brigadier.

—Estoy en la boca del lobo, y no tiene más que cerrarla para perderme,—se repetía.

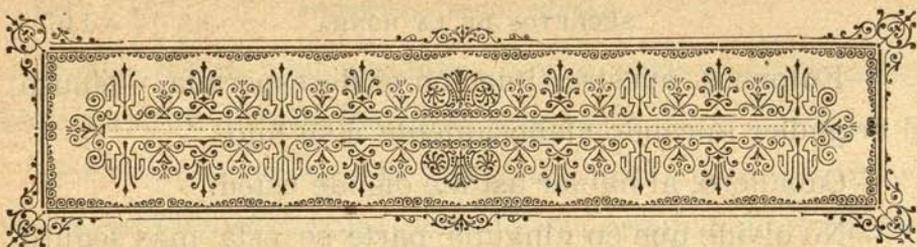
Triste y resignado con la suerte que pudiera caberle después de abrigar bien á su hijo, se metió en el lecho.

—Nada me importaría morir si consiguiera que mi Ricardo se salvase,—pensaba.

Poco á poco el calor del lecho le iba adormeciendo: hacía mucho tiempo que hasta aquella noche en su estómago no penetraba nada caliente y es sabido que cuando este aparato está satisfecho, incita al sueño.

Por otra parte, el calor y la comodidad de la cama, convidaban á dormir.

Poco á poco, y á pesar de todos sus recelos se le fueron cerrando los ojos, quedándose al fin tranquilamente dormido.



CAPITULO XIV

No es un infame

UANDO reina la intranquilidad en el espíritu, el reposo no puede ser absoluto, y si dominados por la zozobra nos entregamos al sueño, el menor ruido nos despierta.

Cerca del amanecer, el brigadier Vallejo despertó sobresaltado, incorporándose en el lecho, dirigiendo á través de la oscuridad que reinaba en la estancia afanosas miradas.

Contiene la respiración prestando atento oído y llega á percibir rumores de voces y pisadas de mucha gente.

No le cabe la menor duda de que un grupo numeroso se aproxima á la casa.

Lleno de temor, salta del lecho, y tomando las pistolas que al acostarse colocó bajo la almohada, se dice:

—¿Vendrán á prendernos?

¿Seré tan desgraciado que se confirmen mis sospechas?

Los rumores son cada vez más próximos y la ansiedad devora el corazón del veterano, quien colocándose junto al lecho de su hijo, se dispone á defenderle á toda costa.

Ricardo sigue durmiendo: su cuerpo, quebrantado por la fatiga y por la fiebre, no se da cuenta de nada.

Queriendo salir de dudas, el brigadier desliza la mano por la pared en busca de una ventana; le halla, abre y con precaución observa.

Las tinieblas empujadas por el crepúsculo, pierden su fuerza comenzando á dejar su puesto á la luz del día.

En aquel instante suenan dos golpes en la puerta de la casa, que hacen estremecer el corazón del afligido padre.

Desde su observatorio ve un grupo de unos treinta aldeanos, envueltos en sus capotes de paño pardo, llevando todos viejos fusiles de chispa ó mal tratadas escopetas.

La temperatura de la mañana es bastante fría, más á Vallejo no le produce impresión.

Algo más tranquilo, se dice:

—Debe ser el alcalde que con sus escopeteros, regresa de dar la batida por el monte y los caminos en busca nuestra.

No será tan infame que vaya á prenderme en su propia casa.

Pronto quedó desierta la calle, pues los expedicionarios penetraron en la morada.

Cansado de vagar por la sierra, sufriendo el azote de la lluvia, don Andrés Muñoz que así se llamaba el alcalde, dió la orden de retirada, mandato que no tuvo que repetir, pues su gente poco amiga de aventuras, echaba muy de menos el calor de su lecho y el de la cocina.

Por otra parte, el frío hacía poco agradable la noche para pasarla entre jarales, breñas y caminos.

El segundo jefe de aquella gente era el alguacil, que á su vez ejercía también el cargo de oficial de estado mayor y asistente, todo en una pieza.

Doña María, que así se llamaba la dueña de la casa, salió al encuentro de su esposo, teniéndole las bridas del caballo para que se apease.

El alguacil vió con extrañeza que aquella noche le usurpaban sus atribuciones, y el alcalde, con sorpresa también que su señora llevase el caballo á la cuadra.

—¡Caprichos de mujeres!—se dijo sin dar importancia al hecho.

Nuestros lectores comprenderán que si doña María obraba de aquel modo, era por evitar que el alguacil, que era muy hablador, viese en la cuadra el caballo del brigadier.

—¡Vaya, muchachos! á la cocina,—exclamó el alcalde.

A calentarse y á tomar un bocado y un trago que buena falta nos hace á todos.

En poco tiempo, la amplia cocina se vió invadida por aquella gente, que iba temblando de frío.

El alcalde fué á sentarse en el sillón que antes ocupó Ricardo y el alguacil ayudado por la criada, avivó la lumbré con un buen brazado de ramaje y troncos secos.

Fijándose en los semblantes de aquella gente, á quien las circunstancias convertía poco menos que en esbirros, veíase que todos ellos denotaban franqueza y honradez no respirando más odio hacia los liberales que el que las exageradas predicaciones del clero habian conseguido despertarles.

Las escopetas y fusiles fueron arrimados á los rincones de la cocina; en aquel momento estas armas, por tener mojadas las cazoletas, eran menos temibles que un buen palo.

Vallejo al cerrar la ventana que daba á la calle, se puso á buscar otra que tenía la estancia y que cayendo al corral de la casa dominaba la cocina, cuya puerta estaba abierta.

Al resplandor de la llama producida por el hogar, contempló el cuadro que acabamos de describir.

Sus convulsas manos seguían empuñando las culatas de las pistolas, y la duda sobre cuál sería su suerte continuaba batallando en aquel cerebro exaltado por la desdicha.

—¿Pero si esta gente ha terminado su excursión, que hace aquí?—preguntábase con angustia.

Viendo que la criada empuñando una enorme jarra llena de vino empezó á repartirlo á los concurrentes, se dijo:

—¿Será ese obsequio la recompensa á su trabajo, ó servirá de estímulo para que nos prendan?

Mas al contemplar que doña María iba detrás de la criada distribuyéndoles pedazos de queso y pan, se tranquilizó algún tanto.

Le parecía aquella señora demasiado noble para hacerles traición.

Aquel andar de un lado para otro enfrió el cuerpo del veterano, que volviéndose al lecho, se dijo:

—Nada consigo con espiar lo que esa gente haga.

El estado de mi hijo hace imposible nuestra fuga.

¡Sea lo que Dios tenga dispuesto!

Viendo el gusto con que los escopeteros comían el queso y el pan, se despertó el apetito del alcalde, y dirigiéndose á su señora pidió que le sirviese caldo.

—No hay,—repuso doña María.

—¡Y eso!—agregó el alcalde con extrañeza, pues estaba acostumbrado á que todas las noches, al regresar de su expedición, le sirviesen una buena taza.

—Luego te diré lo que ha ocurrido,—balbuceó la buena señora con acento confidencial.

—Algún gato que ha tirado el puchero,—replicó el alcalde, agregando:

—Ya que no hay caldo, tomaré otra cosa.

Doña Maria sirvió á su esposo un pedazo de cecina.

De pronto, el alcalde, fijando una mirada en su señora, exclamó con extrañeza:

—¿Por qué me has esperado á esta hora?

—Como llovía y estaba tan mala la noche, hasta que no te viese en casa no me encontraba tranquila.

—Haces mal en trasnochar así, pues te expones á coger una pulmonía,—dijo don Andrés, reprendiéndola con dulzura.

A pesar de la absoluta confianza que tenía en su esposa, le llamó la atención que le esperase y no permitiera que el alguacil llevara el caballo á la cuadra.

—¿Qué pasará aquí?—se preguntaba:—Maria me lo dirá así que estemos solos.

En tanto, los escopeteros, que dieron fin al pan y al queso, llenaban nuevamente los cuencos de madera que les servían de vasos.

El alguacil, aproximándose á su superior, le preguntó:

—¿Manda el señor alcalde alguna cosa?

—Nada: os podéis retirar.

Mañana daremos otra batida, de modo que á la hora de costumbre estaréis reunidos.

Hay que cumplir las órdenes del rey nuestro señor,—terminó el alcalde descubriéndose con respeto.

—Descuide usted que seremos puntuales,—repuso el alguacil.

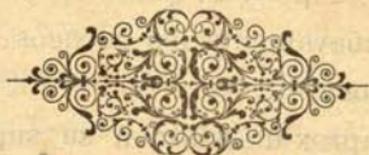
Cada cual se apoderó de su arma, y el alcalde les despidió recomendándoles que se abrigasen bien á la salida de la casa.

—No hay miedo: estamos acostumbrados al frio,—repuso uno de ellos.

Vallejo, oyendo el ruido de pasos y armas, tornó á asomarse, primero á la ventana que caía al corral y después á la de la calle.

Viendo que los escopeteros se alejaban en diferentes direcciones, respiró con más libertad, pensando:

—¡No es un infame el dueño de esta casa!





CAPITULO XV

Dos personalidades en una

APENAS la cocina quedó limpia de escopeteros, el alcalde, levantándose del sillón, exclamó:
—¡Vaya una noche que hemos pasado!
Gracias al capote de monte, no me calé hasta los huesos. ¡Lo que es los muchachos han venido buenos!

Con media docena de días como éste, no hará falta perseguir á liberales; el tiempo se encargará de acabar con ellos.

Estas palabras hicieron palidecer á doña María.

—Me parece que ya es hora de que nos acostemos,—añadió don Andrés.

Doña María encendió un velón de Lucena de cuatro mecheros, y seguida de su esposo salió de la cocina.

Después de subir unos cuantos peldaños de una amplia escalera de madera, penetraron en una sala que, como todas las de pueblo, era grande.

La alcaldesa dejó el velón encima de una mesa de nogal sin cajones, cubierta con un tapete verde sobre el cual se veían objetos de escritorio, entre ellos el indispensable tintero de barro barnizado y las plumas de ave.

De las blanqueadas paredes pendían cuadros con imágenes de santos y dos retratos de la familia del alcalde hechos por algún Orbaneja trashumante.

Un sofá de Vitoria con asiento de paja, sillas de igual construcción y un par de sillones de baqueta iguales al que hemos visto en la cocina, completaban el mueblaje de aquella estancia.

Doña María, lanzando un profundo suspiro, contempló por unos momentos á su esposo.

La pobre señora se hallaba en una de esas circunstancias difíciles, en las que no se sabe qué partido tomar.

—He de hablarte, —dijo al cabo de algunos segundos.

—Lo esperaba, —repuso don Andrés cariñosamente.

La buena señora, fijando su mirada en el semblante de su marido, para estudiar la impresión que sus palabras iban á producirle, dijo:

—Si en una noche cruda y helada hubiesen llamado á tu puerta dos caminantes, padre é hijo, el primero con el cabello encanecido por los años y el semblante triste por el dolor, y el segundo, joven y casi espirante, con el rostro

pálido y desencajado por la fiebre, y estuviera en tu mano el alivio de su suerte, ¿qué harías, Andrés?

—Eso no se pregunta: siendo cristiano abrirles las puertas de mi casa sin vacilación de ningún género,—repuso el alcalde con noble entereza.

—Pues eso he hecho yo esta noche.

—Y yo lo apruebo.

—Es que me falta decirte lo más grave,—agregó doña María con alguna vacilación.

Don Andrés miró á su esposa con extrañeza, y comprendiendo que aquella noche ocurría en su casa algo anormal, repuso con impaciencia:

—Prosigue.

—Pues bien, sabe que las personas á quienes he abierto las puertas de nuestra casa, son dos liberales, los mismos á quienes tú has estado buscando por el monte.

El brigadier Vallejo y su hijo.

—¡Desgraciada! ¿qué has hecho?—exclamó don Andrés con angustia no pudiendo contener el asombro que estas palabras le causaron. ¿Sabes que se encuentran sentenciados á muerte y que si les encuentran aquí seremos por cómplices, ahorcados como ellos?

—Lo sé; y así me lo advirtió el brigadier impulsado por su caballerosidad.

Mas ponte en mi lugar, y comprende que soy mujer que no tengo opiniones políticas, que como tú has dicho antes soy cristiana, tengo dos hijos y veía delante de mí un gran infortunio,—balbuceó doña María con amargura, agregando después:

—¿Iba á dejar que muriesen de frio y de hambre esos dos desgraciados?

En aquel momento me acordé de nuestros hijos, y á impulsos de la caridad les socorri.

El mal está ya hecho. Ahora, haz tú lo que quieras.

Lo único que te ruego, esposo mío, es que no te enojés conmigo.

—¡Enojarme! ¿y por qué?—repuso el alcalde con pasión estrechando á su esposa en sus brazos y besándola repetidas veces, la dijo:

—¡Eres un ángel! y sólo los que tienen un corazón tan noble como el tuyo, proceden como tú lo has hecho, en una época tan difícil como esta.

Perdona que por un momento haya dejado que el temor se apodere de mi espíritu.

—¡Gracias, Andrés!—repuso doña Marla enternecida.

Tus palabras me hacen despreciar el riesgo que por mi buena acción pueda correr.

Sólo siento que por mí, puedas sufrir tú algún contra-tiempo.

—¡No lo sientas!—repuso el alcalde.

En esta casa somos buenos cristianos, y si por practicar la doctrina que Cristo predicó padecemos en la tierra, él nos recompensará en el cielo.

¡Quién sabe cual puede ser nuestra suerte ó la de nuestros hijos el día de mañana, y figúrate si nos agradaría encontrar quien se doliese de nuestras penas.

—Dices bien, y si algunas veces vacilas al ir á practi-

car una buena acción, acuérdate de lo que nos enseñan las Bienaventuranzas.

—Lo sé, y tú acabas de practicarlas en su parte más hermosa.

Al pronunciar estas frases los ojos del alcalde se inundaron de lágrimas, dando gracias á Dios en el fondo de su alma de que le hubiese ligado á una mujer adornada de tantas virtudes como su María.

—Te juro que nunca vacilaré en hacer el bien, teniendo siempre muy presentes las palabras dichas por Dios en el sermón de la montaña,—añadió don Andrés tornan- do á abrazar á su esposa.

Afortunadamente para la humanidad, si el fanatismo político fué causa del derramamiento de tanta sangre haciendo que muchos hombres honrados se convirtieran en verdugos, no pudo torcer la rectitud de las conciencias templadas en la santa doctrina de caridad, fuente de todo bien.

Verdad es que se necesita estar dotados de una alma muy noble, para que desechando toda parte de egoismo se arriesgue la vida por salvar á sus semejantes como en aquella ocasión sucedía.

Don Andrés meditó algunos momentos, diciendo luego:

—El que obremos como cristianos y honrados, no excluye que evitemos en lo posible que puedan exigirnos responsabilidad por nuestra buena acción.

—De ningún modo, y aquí tienes explicado por qué no permití que el alguacil llevase el caballo á la cuadra.

—Obraste con prudencia.

—Ahora dime: ¿quién ha visto entrar á los fugitivos en esta casa?

—Nadie más que Antonia, y esa ya sabes que es de toda confianza.

Los criados se fueron contigo.

—De esos respondo yo.

Me aprecian mucho para comprometerme.

De modo que por parte de la servidumbre no hay nada que temer, y por lo tanto, para que nuestra buena obra sea completa, todo consiste en las precauciones que tomemos para evitar que cualquiera imprudencia les descubra.

—Eso es.

—De quien principalmente debemos guardarnos es del señor cura.

—¡Ya sabes lo intransigente que es!

Si se entera es capaz de soliviantarme el pueblo, y entonces esos señores y nosotros estamos perdidos.

—Mas ¿á qué pensar tanto? Dios vendrá en nuestra ayuda,—agregó doña María.

—Dices bien, nada adelantamos con preocuparnos por lo que pueda suceder.

—Mas esos pobres caballeros estarán sobresaltados, temiendo por su suerte.

—Vamos á tranquilizarles,—añadió el alcalde saliendo de la estancia.

El brigadier al acogerse de nuevo al lecho el recelo le impidió que se durmiese, y el menor ruido que percibía le llenaba de alarma.

Oyendo las pisadas del alcalde y de su esposa, se sentó en la cama.

--¡Suben!—se dijo con los ojos inyectados de sangre por la ira que se apoderó de su espíritu.

—Tratan sin duda de sorprenderme dormido, y juro á Dios que les costará caro,—agregó apoderándose nuevamente de las pistolas.

Quieren cogermé como á una fiera atada, sin defensa, pero no saben que aun puedo enseñarles que sé morir matando.

Antes de consentir que toquen á un solo cabello de Ricardo, le defenderé hasta perder cien vidas que tuviera.

¡Pobre Vallejo! en aquel momento parecía un loco.

¿Qué hubiese hecho el infeliz con sólo dos pistolas de chispa cuyas cazoletas es probable que estuviesen húmedas?

Mas tampoco puede pedirse cordura al que sufre física y moralmente tanto como él sufría.

La luz del velón que llevaba la alcaldesa en la mano iluminó la estancia, y Vallejo que en su exaltación espe-

raba habérselas con algunos escopeteros, vió sólo aparecer á nuestros dos personajes.

El militar guardó las pistolas bajo las ropas y el alcalde, aproximándose al lecho, le dijo con entonación sincera:

—La suerte ha traído á ustedes á mi casa, y no seré yo quien cometa una villanía denunciándoles.

Puede usted estar tranquilo, que aquí está tan seguro como si hubiese ganado la frontera portuguesa.

—¡Gracias!—exclamó Vallejo con gratitud, á la vez que se sentía avergonzado de sus malos pensamientos.

El alcalde prosiguió diciendo:

—No participo de sus ideas políticas, y si las circunstancias le hubiesen colocado en el campo en frente de mí, tenga usted la plena seguridad que hubiese cumplido con mi deber.

—Solamente proceden así los caballeros.

—Por tal me tengo, — agregó el alcalde diciendo además:

—En mi casa son sagrados para mí hasta mis enemigos políticos, y aquí permanecerán ustedes todo el tiempo que sea necesario para que se restablezca ese joven.

Mas no olvide usted que soy el alcalde de esta localidad y que la menor imprudencia puede perdernos á todos.

—Si no estoy equivocado este pueblo debe estar muy próximo á Portugal,—preguntó Vallejo con júbilo.

—Distá sólo dos leguas de la frontera, mas no se ocupe

usted de eso por ahora: lo primero es procurar que su hijo se ponga bueno.

—¡Oh, gracias!—repuso el veterano enternecido por la noble conducta de su huésped, añadiendo después:

—Mas nosotros no debemos seguir aquí exponiendo á ustedes á una perdición segura.

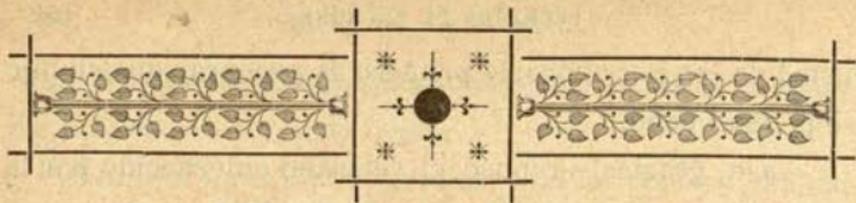
Portugal está cerca, y mi hijo hará un esfuerzo para ganar la frontera.

Es más, señor Alcalde, antes de que usted se comprometa, cumpla con su obligación,—terminó el brigadier dispuesto á entregarse prisionero.

—Estoy cumpliendo la del caballero,—agregó don Andrés.

—En el campo les seguiré buscando, porque el alcalde debe ignorar lo que hace D. Andrés Muñoz.





CAPITULO XVI

Un corazón de oro

Doco después de la escena que acabamos de referir en el capítulo anterior, la luz del sol penetraba por una de las ventanas que dejó Vallejo abierta.

El veterano abandonando el lecho fué á sentarse á la cabecera del de su hijo.

El ruido de las carretas y de las yuntas que cruzando las calles del pueblo se dirigian á sus quehaceres, apenas produjo impresión al brigadier.

Ricardo al despertar, fijó la vista en su padre.

En un principio no recordaba como llegó hasta allí, más pronto fué coordinando sus ideas.

—¿Cómo estás?—le preguntó el anciano con ternura.

—Me siento mucho mejor que ayer.

Hasta creo que sin gran trabajo podría tenerme á caballo.

El joven al pensar de este modo se engañaba: su voluntad era mucho mayor que sus fuerzas.

Si bien la fiebre habia disminuido mucho distaba bastante de haber cedido por completo.

Por espacio de algunos días permaneció el joven en el lecho, teniendo la fortuna de no necesitar los socorros del cirujano.

Entre doña María y su padre se cuidaron de asistirle, y excusado es decir lo mucho que se esmeró la alcaldesa en aquella piadosa ocupación.

Todas las mañanas el brigadier se despertaba sobresaltado por el ruido de los escopeteros que con el alcalde seguían dando batidas por el monte.

Por fin, éstas se suspendieron precisamente el mismo día en que Ricardo se encontraba por completo restablecido.

Don Andrés no era de los hombres que hacen las cosas á medias, y con verdadero empeño se ocupaba en preparar la salvación de sus huéspedes, tarea que no tenía nada de fácil.

Con motivo de las órdenes del gobierno se había extremado mucho la vigilancia en la frontera, y todo aquel que no llevase los pasaportes en regla ó tuviera aspecto sospechoso, era detenido por liberal, y si no se daba prisa á demostrar lo contrario, pronto pasaba á mejor vida, ahorcado en la plaza de cualquier pueblecillo.

Las partidas de escopeteros ayudaban á los empleados de la aduana y destacamentos del ejército en sus vigilancias de la frontera.

Una noche don Andrés entró en la estancia de sus huéspedes, diciéndoles:

—Caballeros, mañana guiaré á ustedes á Portugal, donde quedarán á cubierto de toda persecución.

—De ningún modo podemos permitir que usted siga exponiendo su vida por salvar la nuestra,—repuso Vallejo con energía.

—Espero que ustedes en este asunto me dejarán que proceda con arreglo á mi conciencia,—replicó el alcalde.

—Don Andrés,—dijo entonces Ricardo.—¿Es posible que hasta ese extremo arriesgase usted su cabeza por nosotros?

Mi padre y yo saldremos de aquí solos y aunque la desgracia nos ponga en manos de nuestros enemigos, no crea usted que olvidáremos el inmenso favor que usted nos ha dispensado.

—Nada de eso: yo les acompañaré.

Ustedes desconocen el terreno, y si salieran de aquí sin llevar un guía práctico, estoy seguro que á la media hora de marcha habrían tenido un mal encuentro.

Además, para mí sería un cargo de conciencia que pudiendo salvarles, fuesen á caer en manos de los destacamentos que vigilan la frontera.

Por último estoy decidido á no tolerar que salgan de mi casa sin que yo les acompañe.

Padre é hijo no se atrevieron á contestar á estas palabras, que fueron pronunciadas con una gran energía.

—Sea lo que usted quiera,—agregó Vallejo,—será un beneficio más que tendremos que agradecerle.

Con no poco trabajo consiguió el alcalde proporcionarse un caballo para Ricardo, lo cual era muy difícil en aquella época sin despertar sospechas.

A la noche siguiente y á hora bastante avanzada, subió el alcalde en busca de sus huéspedes, llevando un traje de contrabandista para cada uno de ellos.

Este disfraz, tenía por objeto que si tropezaban con una partida de defraudadores de la hacienda pudieran mezclarse con ellos.

Los fugitivos pronto estuvieron arreglados, más desgraciadamente para el brigadier, su aspecto denunciaba á la legua y bajo cualquier traje su profesión.

En el ancho portal de la casa había tres caballos con los cascos entrapados, para que no hiciesen ruido.

Doña María y Antonia les tenían del diestro, pues por precaución se había alejado de la casa á los demás criados.

El veterano con los ojos arrasados en lágrimas de gratitud, dijo á la esposa de don Andrés:

—Señora, nunca olvidaré que le debo mi vida y la de mi hijo y espero que la suerte me ponga algún día en condiciones de demostrarla mi inmensa gratitud.

—Le repito, que no hice más que cumplir con un deber sagrado,—replicó la señora.

La voz de «á caballo» dada por el alcalde, cortó aquella escena.

Doña María, después de registrar la calle con una mirada y no percibiendo el menor ruido, abrió de par en par la puerta y los tres jinetes abandonaron la casa.

La noche estaba muy oscura y bastante fría, circunstancias que ayudaban á los fugitivos.

Al galope ganaron la salida del pueblo, internándose en un terreno cubierto de maleza.

Allí pusieron las cabalgaduras al paso.

De Vallejo se apoderó un nuevo temor; pues ya más que por él, temía que les descubrieran por su hijo y por el alcalde.

—Por aquí vamos perfectamente, y si logramos ganar el barranco iremos mejor,—dijo don Andrés.

El terreno que atravesaban era tan desigual y cubierto de maleza, que para salvar algunos trechos se vieron precisados á echar pié á tierra.

A la hora de marcha se distinguió una luz á lo lejos. Muñoz indicándosela á sus amigos, les dijo:

—Así que repasemos aquella luz estaremos en salvo. Aquel terreno es de Portugal.

La luz es de la casa donde está establecida la aduana.

Media hora después penetraban en un terreno roquizo y arenoso; era un barranco de los que por lo anchos, reciben en Andalucía el nombre de ramblas.

Por su derecha se levantaba una altura de difícil acceso.

—Sigan ustedes este camino, mientras yo flanqueo le borde para vigilar el bosque,—dijo don Andrés.

A la terminación del barranco se reunieron en un terreno llano y despejado.

Montaron de nuevo á caballo, y siguiendo el ejemplo de don Andrés emprendieron precipitada carrera.

Desde lejos era imposible distinguir claramente si los que marchaban tan á prisa eran jinetes ó fantasmas de la noche.

Cruzaron un arroyo con el agua hasta las cinchas de los caballos, en el preciso momento en que unos carabineros les dieron la voz de alto.

Ya era tarde; pues los fugitivos pisaban ya el territorio portugués.

No obstante, no detuvieron la velocidad de su marcha hasta llegar á un pueblecillo.

El alcalde, no creyendo prudente penetrar en él, hizo alto, imitándole sus compañeros.

Entonces les dijo:

—Señores: he cumplido con mis deberes de caballero y de cristiano.

Ya se encuentran ustedes en salvo, y no me resta más que desearles toda suerté de felicidades.

Les dejo pues, y me apresuro á regresar á casa, á fin de encontrarme en ella antes de que luzca el día.

—Un momento, don Andrés,—repuso Vallejo.

La obra de caridad que ha hecho usted con nosotros, no podremos pagársela nunca, porque hay acciones tan nobles y tan grandes que no hay en el mundo medio de satisfacerlas; pero tenga usted lá seguridad de que nuestra gratitud será eterna.

—No hablemos de eso, y que sean ustedes felices.

Los dos interlocutores se estrecharon afectuosamente las manos.

Ricardo hizo suyas las palabras de su padre, añadiendo:

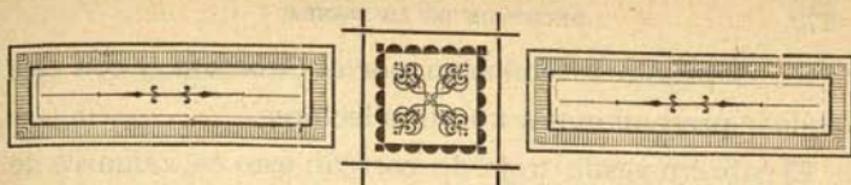
—Respecto á su señora, dígala que nunca dejaré de alabar su caridad y sus virtudes.

Don Andrés volvió riendas, alejándose de los pros-
critos.

Vallejo al verle marchar, se dijo:

—¡Parece mentira que ese hombre sea absolutista!





CAPITULO XVII

Cabezota

MIENTRAS don Andrés salvaba de la manera que hemos consignado á los Vallejos, veamos lo que sucedía á su noble señora.

Apenas desaparecieron entre la oscuridad de la noche Muñoz y los fugitivos, alzóse de detrás de unas zarzas que había próximas á la casa del alcalde, un hombre de repulsivo aspecto.

En sus labios se dibujó una sonrisa brutal, expresando la alegría que le causaba su descubrimiento.

Nuestro personaje era un cabrero de don Andrés, que como todos los de su oficio, pasábase la vida en el monte.

Si le hubiesen preguntado por su nombre ó su apellido, difícilmente podría responder.

En el pueblo le conocían por el *Cabezota*, y con este apodo le presentamos á nuestros lectores.

El cabrero vestía traje de correal; esto es, zamarra de pellejo curtido á fuerza de sobarle, andorras de cuero de vaca para que le hicieran más durables los cortos calzones de paño pardo, albarcas de cuero con correas que le sujetaban los trozos de paño con que abrigaba sus piernas y montera de piel de oveja.

Pendiente del hombro derecho llevaba un enorme zurrón y un grueso cayado de roble en la mano.

Iba sucio, pero sucio de veras; aparte de la grasa y tierra que llevaba en su traje, se veía que su rostro y sus manos estaban enemistadas con el agua.

Su cabeza era tan grande, que le valió el apodo por que se le conocía; sus ojos eran pequeños, grises y hundidos, su frente pequeña y deprimida y las cejas tan anchas y espesas, que parecían una gruesa línea de cerdas, colocadas allí como divisoria entre la frente y el resto del semblante.

La naturaleza dió á Cabezota tan abundante y enmarañada cabellera, que se salía de los límites de lo natural.

En cambio, si el pastor tenía poca frente, le sobraba boca y dentadura, que por los colmillos se asemejaba á la del jabalí.

A no tener las piernas torcidas, su estatura hubiese sido colosal.

Tal era el cabrero de don Andres, que además de cui-

dar de su ganado, tenía el encargo de vigilar á otros pastores.

Aun á trueque de parecer algo difusos, para la mayor claridad de nuestro relato, vamos aunque de un modo breve, á dar á nuestros lectores algunos antecedentes más sobre el pastor.

Cabezota era hijo de un mayoral de ganado al servicio de los padres de doña Maria.

Nació en la casa de éstos, y de pequeñuelo jugaba con la que después fué su ama.

La diferencia de clase no impidió que el hijo del mayoral y la hija de la señora se profesasen gran afecto.

Verdad es que la niña partía con el pequeño Cabezota sus juguetes y éste, semejándose á un perro leal, se separaba de ella lo menos posible.

En estas condiciones fueron creciendo los dos niños, hasta que Cabezota tuvo fuerzas para manejar la honda y el cayado, y entonces su padre le mandó al monte á que le ayudase á guardar un rebaño de machos cabrios.

Al principio Maria echó muy de menos á su compañero de juegos, mas como ya iba siendo una mujercita, el aprendizaje de las labores de su sexo y manejo de la casa, la obligaron á dejar las muñecas y los saltos por otras cosas más serias.

Cabezota, en el monte no se acordaba más que de coger

conejos y perdices con lazo, liebres con palo y tirar piedras con la honda.

La naturaleza, que tan pródiga se mostró en concederle cabello y estatura, fué muy parca en dotarle de talento.

Con el corazón tampoco fué generosa, y sí se le fué la mano dándole con abundancia brutalidad y malas pasiones, como resultado de la falta de inteligencia.

A esto hay que añadir la absoluta carencia de educación moral.

Sólo alguno que otro día festivo dejaba Cabezota el monte para ir al pueblo.

Entonces María, acordándose de su amistad de niños, le trataba con alguna deferencia sobre los demás criados.

Mas llegó la época en que María se puso en relaciones con don Andrés, y entonces despertaron en el pastor los recuerdos de los primeros años de su infancia.

Entre las breñas del monte, sin más compañía que su perro se pasaba largas horas recordando las facciones de su amiga de la infancia.

La hermosura de María le subyugaba, le enloquecía, inflamando su sangre á impulsos de los más torpes deseos.

En el corazón de aquel hombre medio salvaje no podía caber ese sentimiento ideal y puro del primer amor.

Semejante á las fieras sentía como ellas sin conocer para nada los goces del espíritu.

Deseaba á Maria como el lobo y jabalí á sus hembras.

Llegó el día de la boda y María alegre y feliz por haberse unido al hombre que amaba, obsequió á todos los criados de su casa con una gran fritada de lomo, como entonces y aun hoy, es costumbre en Extremadura.

Cabezota dejó aquel día el cuidado de los machos cabríos para tomar parte en la fiesta.

María, queriendo favorecer á su compañero de la infancia, le hizo pasar á su servicio dándole, con preferencia á otros que reunían mejores condiciones, la plaza de mayoral de los pastores del ganado cabrio.

Cabezota en su nuevo destino cumplía bien y consiguió á pesar de su repugnante aspecto granjearse el aprecio de don Andrés.

Aquella naturaleza salvaje siempre sola y entregada á sus lúbricas ideas, sin freno á sus pasiones, sintió crecer sus deseos: cifrando toda su ambición en poseer á su señora.

Sin embargo, el instinto de perversidad le hizo conocer la diferencia que entre ambos existía y que si una circunstancia casual no venía en su ayuda, nunca conseguiría sus fines.

Así es que cada día se tornó más hurafío, rehuendo el unirse con los demás pastores.

Según costumbre todos los sábados le correspondía bajar al pueblo para afeitarse y cambiar su ropa.

Como la vista de doña María excitaba sus deseos temiéndole cometer cualquiera inconveniencia que descubriese sus intenciones, hubo época en que se estuvo en el monte más de un mes.

Doña María, ignorante de los sentimientos del pastor, siempre que se presentaba en su casa, obsequiábale con un jarro de vino y un trozo de cecina.

El pastor comía y callaba, concretándose con responder con sequedad á las preguntas que se le hacían, mas en el fondo de su perverso corazón, los deseos iban en aumento.

Cuando le sucedía esto regresaba al monte más desesperado, y muchas veces los pobres rabadanes pagaron el mal humor del mayoral.

Así transcurrieron algunos años y los deseos del pastor acrecentaron de tal manera que se le iba haciendo imposible contenerles.

Una noche tempestuosa, Cabezota dejó la majada para bajar al pueblo, cuando ya cerca de él llamó su atención el ruido de las pisadas de un caballo.

Esa curiosidad maliciosa, tan común en los campesinos, hizo que se detuviese guareciéndose detrás de los zarzales de donde le hemos visto salir.

Vallejo y su hijo pasaron próximos á él, haciendo pensar al pastor:

—Estos no son del pueblo.

Iba á dejar los zarzales cuando vió al veterano detenerse en la puerta de la casa del alcalde, y que momentos después le franqueaban la entrada.

Sin importarle un ardite la lluvia por estar á ella acostumbrado, se plantó el pastor en medio de la calle sin saber qué partido tomar.

—¿A qué habrán venido esos dos forasteros á casa de mi amo?—se preguntó.

Me parece que por lo que he oído á la muchacha, maldito si les esperaban.

De pronto y como si recordase alguna cosa de importancia, se dijo:

—¿Si serán esos los dos *negros* que anda buscando mi amo?

Mas no puede ser que ellos sean tan torpes que vengan á meterse en la boca del lobo.

Cabezota quedóse un momento pensativo, diciendo después:

—¡Oh! si fuesen los *negros* á los que dice el cura que hay que quemarles de manera que no queden de ellos ni cenizas, les denunciaba inmediatamente.

Y es probable que por este servicio prestado á Dios y al rey, me recompensasen de tal modo que no tuviese necesidad de seguir guardando machos cabrios.

Pronto voy á saberlo,—terminó rompiendo la marcha para tomar la vuelta á la casa.

Poco tardó en rodear la morada del alcalde y con grande agilidad saltó las tapias del corral.

Una vez en él y conoedor del terreno que pisaba, fué deslizándose hasta la cuadra, aplicó el oído y sintiendo como el caballo de Vallejo trituraba el pienso, se dijo:

—¡Hola! por de pronto el caballo éste no es el de mi amo, pues á estas horas estará en el monte.

Veremos si estos dos pájaros son los *negros* que él busca.

En el corral había dos grandes piras de leña uno bajo un cobertizo y otro medio verde arrimada á la pared de la cocina.

Con mucho cuidado se encaramó por ésta última, quedando de modo que pudo aplicar el oído á una ventana, viendo por una rendija las escenas que pasasen en el interior.

¡Cuán ajena estaba en aquellos momentos la pobre doña María que su noble acción tenía un testigo peligroso!

Al convencerse Cabezota que los dos viajeros eran los *negros* perseguidos, su alegría no tuvo límites.

Con el mismo placer con que el lobo se ensaña en su presa, se dijo:

—Daré aviso, nos reuniremos unos cuantos, y cuando vuelva mi amo le presentaremos la caza cogida en su misma casa.

Con más cuidado que al subir descendió de la pira de leña y alegre y satisfecho por su descubrimiento tornó á saltar las tapias del corral, recreándose de antemano con el espectáculo que darían los dos liberales pendientes de la horca.

En lo sucesivo Cabezota sería tratado por sus paisanos con el respeto que merece todo aquel que lleva á cabo un hecho importante.

Próximo ya á la casa del cura, se detuvo un momento preguntándose:

—¿Y qué gano yo con que prendan á los *negros* y los ahorquen?

¿Qué me hagan alguacil ó alcalde?

¿Y de qué me sirve, si no es eso lo que quiero?

Además, ¿quién sabe si por encontrarla en su casa, ahorcarían también á María?

¡No, no les denuncio!—repuso con brutal terror.

Yo quiero que esa mujer sea mía, y ahora tengo en mis manos un arma que puede servirme de mucho.

Cabezota, para no arrepentirse de su idea, echó á correr hacia el monte como alma que lleva el diablo.

Como se ve, no era la generosidad de su alma la que le inducía á proceder de aquel modo.

Sólo el miedo de que con la muerte de doña María no se lograsen sus lúbricos deseos, impidió su delación.

Otra vez solo con sus ganados y á fuerza de meditar, fué trazándose un plan para el logro de sus fines.

Con el arma que la casualidad puso en sus manos, creyó seguro su triunfo y desde entonces todas las noches, una vez encerrados los machos cabríos en el redil, abandonaba el chozo sin que le viesen los demás pastores, y descendiendo de la montaña, iba á colocarse en acecho detrás de los zarzales, sin perder de vista la casa de sus amos.

Poco antes de que amaneciese, el espía dejaba su observatorio, tornando á ser el pacienzudo y brutal pastor, el Cabezota, de quien solían burlarse sus compañeros.

